

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

INFIERNO PARA UNA DAMA

INFIERNO PARA UNA DAMA

CLARK CARRADOS

Colección ¡KIAI! n.° 52
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

47 —*Isla de la Calavera* —Curtis Garland.
48 —*El reclamo* —Clark Carrados.
49 —*El enemigo invisible* —Lou Carrigan.
50 —*Y o cobro, tú callas, ellos pagan* —Ralph Barby.
51 —*La noche de «la cobra»* —Curtis Garland.

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 38.326 — 1977
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: diciembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la
SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA. S A
Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1977

CAPÍTULO PRIMERO

LA mujer que entró en aquella mañana al Banco era sumamente atractiva, aunque no se podían ver sus ojos, sin duda muy bellos, debido a las enormes gafas de color que llevaba, de aparatosa montura. Era muy rubia y tenía el pelo sujeto al nudo que había formado en su nuca. Vestía enteramente de negro, con una especie de *pullover* de tejido muy fino, que permitía admirar los firmes contornos de unos hermosos senos, y pantalón del mismo color, asimismo muy ajustado a las caderas y las piernas, éstas largas y bien torneadas, de tal modo que más parecía llevar puesta una malla de bailarina clásica. Sin embargo, en lugar de zapatillas de baile usaba botas blandas, de media caña y tacón de cinco centímetros, igualmente negras, como su atuendo.

En el brazo izquierdo llevaba doblado un chaquetón de paño, a cuadros rojos y blancos, única prenda de color en su indumentaria. Hasta los guantes eran negros.

La mujer fumaba displicentemente y se situó en la cola que había ante la ventanilla de «Pagos», con toda tranquilidad. Al terminar el cigarrillo, dejó caer la colilla en un cenicero situado en el suelo. Finalmente, le llegó su turno y quedó frente al cajero.

Entonces habló, en voz baja, pero bien modulada, de modo que se entendieran perfectamente todas y cada una de sus palabras:

—Le estoy viendo la pierna derecha a un palmo del timbre de alarma —dijo—. Si lo toca, considérese muerto.

El cajero respingó. Entonces fue cuando vio el cañón del revólver que asomaba por debajo del chaquetón blanco y rojo.

—Actúe con naturalidad o recibirá un tiro en mitad de la cara —dijo la rubia, a la vez que ponía un papelito semejante a un cheque, encima del mostrador—. Ponga en este saquete todo, repito, *todo* el dinero que tenga a mano. Y cuéntelo con naturalidad… y recuerde que detrás de usted hay un cuadro con cristal que hace de espejo y veo perfectamente su pie derecho.

El cajero maldijo la idea que alguien había tenido de colocar aquel cuadro justamente a sus espaldas. Por si fuera poco, el dibujo era en colores muy fuertes, con abundancia de negro y marrón, lo que aumentaba todavía más el efecto de reflexión del cristal.

Resignado, empezó a simular la tarea de contar el dinero. La rubia sonreía amablemente.

—Otra cosa —advirtió—. Hay un amigo que le vigila desde el

exterior. Si da la alarma en el momento en que salga, considérese muerto. Tiene que esperar, exactamente cinco minutos, a que me haya marchado.

Bajó la voz:

—Diga *sí, señora*, estúpido.

—Sí… sí, señora, con mucho gusto —añadió el cajero, de su propia cosecha. Le fastidiaba mucho el despojo; se estremecía pensando en la serie de jaleos que le iba a proporcionar el atraco… pero, a fin de cuentas, el dinero no era suyo y el Banco estaba asegurado y apreciaba infinitamente su pellejo.

Un minuto después, el bolso estaba lleno de billetes.

—¡Muchas gracias, ha sido usted muy amable! —dijo la rubia.

Con perfecta presencia de ánimo, dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Mientras andaba con pasos largos y fáciles, el bolso oscilaba como un péndulo en su mano derecha.

Frente a la puerta del Banco había un coche. La rubia entró, dejó bolso y chaquetón sobre el asiento delantero derecho, dio el contacto y arrancó.

Cinco minutos más tarde, se oyeron los estridentes chirridos del timbre de alarma.

* * *

—Es carioso —dijo George Washington Baxter, más conocido por Budd, en ocasiones, y no por demasiada gente.

—¿Qué es lo que encuentras de curioso? —preguntó la mujer que estaba junto a Baxter, tumbada sobre la arena de una solitaria playa californiana.

Baxter estaba, también, tendido sobre la arena. Había una sombrilla, un par de colchones de goma, una cesta y un refrigerador portátil. El automóvil había quedado a la sombra de unas rocas no demasiado lejanas.

—Esto, el atraco de la rabia enlutada…

—¡Ah, un atraco! —dijo la acompañante de Baxter con acento lleno de indiferencia. Sentóse en el suelo, se quitó la parte superior del traje de baño con total desenvoltura y, con la ayuda del líquido contenido en un frasco, empezó a embadurnarse los pechos.

Baxter estaba muy interesado en la lectura del periódico, en donde se daba una amplia información del atraco cometido por la desconocida rubia vestida enteramente de negro. La atracadora era, indudablemente, una persona con un excelente sentido del humor. Sobre el mostrador había dejado un papelito alargado, que a todos había parecido un cheque, y en el que había una nota llena de

sarcasmo:

> «El First Coastal & Pacific Bank pagará a la portadora todo el dinero que haya en caja, en el actual momento. Firmado: *Yo.*—»

La información decía que la atracadora se había llevado la nada desdeñable suma de 38.744 dólares. El cajero declaraba que ella le amenazó con un cómplice que se hallaba en el exterior, apuntándole con un fusil, para que no diera la alarma hasta pasados cinco minutos. El cajero, además, y Baxter pensó que se curaba en salud, para prevenir posibles inconvenientes en su carrera, declaraba que ella había visto su pie derecho, reflejado en el cristal del cuadro que tenía a sus espaldas. Por supuesto, el cajero no decía quién había ordenado colgar allí el cuadro, aunque él no había sido; pero Baxter entendió, como entendería todo el mundo, sin duda, que el autor de la orden se iba a ver en dificultades con el consejo de administración.

La información del periódico añadía, además, una fotografía de la atracadora.

La fotografía estaba obtenida de la grabación tomada por una cámara de televisión instalada en un lugar estratégico. Los vigilantes del Banco no habían advertido nada sospechoso en la actitud de la ladrona, a quien habían tomado por una cliente más. Pero luego, mediante la descripción facilitada por el cajero, se había pasado la cinta de *videotape* y de allí se había obtenido la imagen, más tarde convenientemente ampliada.

El rostro de la mujer aparecía visto como tomado desde unos tres metros de altura.

Baxter pudo ver sólo la mitad del cuerpo, muy bien formado, no había dudas. Pero aquella cara…

—Esta cara… —murmuró.

—¿Cuál? ¿La mía? —rió la bella acompañante de Baxter—, ¡Hombre!; no ganaré el concurso de Miss Universo, pero todavía estoy para que me miren, creo yo.

—No; me refería a la cara de la ladrona.

—¿Qué ladrona, Budd?

Baxter hizo un gesto de resignación. La mente de Clarissa Aubry estaba a mil millas de distancia, en aquellos instantes.

—No, nada, hablaba solo.

—¡Hijo, cualquiera diría que estás solo de veras! —exclamó Clarissa, un tanto enojada—. Si te lo tomas así…

Baxter sonrió, mientras doblaba el periódico y lo sujetaba con un

pedrusco.

—No estoy solo —dijo.

Clarissa sonrió.

—Hace demasiado calor. ¿Nos damos un baño? —propuso.

Se levantó, erguida como una diosa pagana. Simultáneamente, desató las cintas que sujetaban la brevísima mitad inferior de su traje de baño y miró a Baxter sonriendo maliciosamente, al mismo tiempo.

—¿Y bien?

Baxter se levantó perezosamente.

—Si es necesario…

Clarissa lanzó una alegre carcajada y echó a reír, desnuda como una ninfa de los tiempos mitológicos.

—¡A que no me alcanzas!

Baxter caminó, sin prisas, hacia las olas que rompían mansamente contra la playa. Se metió en el agua y empezó a nadar en pos de la desafiadora Clarissa Aubry.

Aquella misma noche, bien pasadas las dos, algo relampagueó súbitamente en el cerebro de Baxter y le hizo despertarse de golpe.

—¡Ya está! —casi gritó.

A su lado, Clarissa dio un chillido y se sentó, despavorida, en la cama.

—¿Qué te pasa, Budd? ¿Han entrado ladrones? Llama *o* la policía, pronto…

Baxter agarró el mórbido brazo femenino y tiró hacia sí de su bella acompañante.

—Si llamo a la policía, nos interrumpirán… y tú no quieres eso, ¿verdad? —murmuró, a la vez que mordisqueaba una de las orejas de Clarissa.

—Por supuesto que no… ¡Pero me has dado un susto…!

—Soñaba, simplemente, no hagas caso.

Más tarde, mientras fumaba un cigarrillo en la oscuridad, Baxter se preguntó si había alguna influencia externa en su sueño. ¿Era posible que la hermosa Eunice Alameda se hubiese convertido en atracadora de Bancos?

* * *

El hombre, grueso, de ojillos casi sepultados en la grasa que rodeaba sus párpados, lanzó una estruendosa carcajada.

—¡Magnífico, chica, magnífico! Todo ha salido como yo lo planeé. ¿Verdad que no tuviste ningún inconveniente?

La rubia, ahora vestida con un traje corriente, sin demasiadas

pretensiones, aparecía muy seria.

—¿Hasta cuándo va a durar este infierno? —preguntó.

—Hasta que yo quiera, preciosa. Y si no te gusta seguir con el asunto, no tienes más que decirlo. Ya sabes el precio que habrás de pagar… no, el qué pagarán ellos.

Eunice Alameda se sentó en una butaca y sujetó su cabeza con las manos.

—Pero ¿qué le he hecho yo? ¿Qué le hemos hecho nosotros?

El gordo se acercó a una consola donde había botellas, vasos y un recipiente para hielo. Dos hombres más contemplaban la escena en silencio.

—Muchachos, pregunta qué nos han hecho ellos —dijo.

Sonaron unas risitas.

—Lo sabe de sobra.

—Es una pregunta tonta, jefe.

Los dos sujetos ofrecían unas características físicas enteramente dispares. Uno de ellos era alto, membrudo, de rostro estólido, pero menos tonto de lo que podría parecer a primera vista. El otro, menudo, con rasgos orientales, parecía un vulgar oficinista en una gran empresa nipona. En realidad, era javanés, aunque él presumía de haber nacido en Tokio.

El gordo se sirvió una dosis de licor y tomó un sorbo. Luego agitó una mano de dedos que semejaban morcillas.

—¡Salid fuera! —ordenó.

Dutch Wilder y Jack Uoto obedecieron en el acto. El gordo se acercó a la joven y le puso el vaso delante de los labios.

—¡Bebe!

—¡No quiero! —dijo ella, violentamente.

—¡Bebe! ¡Tienes que hacer todo lo que yo te ordene! ¿Me has oído? Todo lo que te ordene… incluso desnudarte y acostarte conmigo, si me parece oportuno.

Eunice se puso en pie lentamente.

—Ha convertido mí vida en un infierno, pero lo pagará algún día, se lo juro.

El gordo se echó a reír.

—Ese día está todavía muy lejos —contestó, burlonamente—. Pero ahora te diré algo muy interesante: estamos ultimando los detalles de un nuevo golpe que…

—¡No, no lo haré! —gritó la joven, descompuestamente.

—¡Calla, estúpida! Tú harás lo que se te ordene. El golpe del Coastal & Pacific salió a la perfección, porque estuvimos planeándolo y estudiando los menores detalles durante semanas enteras. Lo mismo

sucederá con el próximo, que ya tenemos casi ultimado. Pero no te preocupes por ahora; te avisaré cuando llegue el momento.

—Lo que no entiendo es por qué he de hacer esta clase de atracos, que sólo le reportan una miseria…

—¡No es necesario que lo entiendas! —rió el gordo—. Basta que obedezcas al pie de la letra las instrucciones que se te den en el momento oportuno.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué ha tenido que elegirme a mí y no a otra persona cualquiera? —clamó Eunice desesperadamente.

El gordo llenó de nuevo su copa y con fingida displicencia arrojó en su interior un par de cubitos de hielo, que tintinearon musicalmente.

—¿Por qué? —repitió—. Si quieres una explicación, ve y pregúntaselo a tu marido… el día de visita en San Quintín, cuando yo te dé permiso, claro.

Capítulo II

CON gesto un tanto enojado, Budd Baxter cerró la última de las guías telefónicas que había consultado durante largo rato. Hasta el momento, todos sus esfuerzos habían resultado inútiles: Santa Clara, San José, Gilroy, Watsonville, Santa Cruz, Hollister, Salinas, Pacific Grove, Monterrey, Carmel… en ninguna de aquellas poblaciones de la zona había podido encontrar el nombre que buscaba. Baxter se dijo que, a veces, su memoria le jugaba malas pasadas.

Apoyado en el mostrador de la recepción donde se alojaba en Monterrey, Baxter reflexionó profundamente, tratando de llegar a lo más hondo de su memoria. ¿En dónde le había dicho, años antes, el sargento Roy T. Alameda que tenía su residencia?

Por más que se esforzaba no podía recordar. El sargento Alameda le había hablado infinidad de veces de su esposa Eunice, una verdadera belleza, a la que había conocido después de su licenciamiento y había vuelto a ver un par de años antes. Había momentos en que Baxter pensaba que Eunice no podía ser la atracadora… pero si la memoria le fallaba en algunos aspectos, cuando menos recordaba a la perfección los menores rasgos de la cara de Eunice. Si no hubiera estado casada y tan profundamente enamorada de su marido…

Una voz interrumpió, súbitamente, sus pensamientos:

—El señor está buscando a alguien y no lo encuentra —dijo el encargado de la recepción.

Baxter alzó la cabeza y sonrió.

—Pues… sí, es cierto. Se trata de un antiguo y buen amigo, que vivía no hace muchos años por esta zona, al sur de San Francisco… Por más que me esfuerzo no consigo encontrar su nombre en las guías telefónicas. Se llama Roy T. Alameda…

—¡Alameda! —repitió el empleado.

—En efecto, eso he dicho, amigo…

—Crane, Holt Q. Crane, señor Baxter. Disculpe la curiosidad, pero… ¿hace mucho tiempo que no sabe de su amigo?

—Un par de años, quizá un poco más. Yo vivo en el Este, concretamente en Nueva York, y me encuentro en la costa Oeste accidentalmente. De pronto, me acordé de mi amigo…

—Señor Baxter, si el nombre que ha citado es el correcto, mucho me temo que habré de darle malas noticias.

Baxter se alarmó.

—Eso significa que lo conoce —dijo—. ¿Ha muerto?

—¡Oh, no, señor! Pero Roy T. Alameda se encuentra cumpliendo condena en San Quintín, por un desfalco de muchos cientos de miles de dólares.

Baxter silbó.

—¿Quién se lo hubiera imaginado? —murmuró—. Roy me pareció siempre el prototipo de la honradez…

Las pruebas, yo seguí con todo detalle el curso del proceso, resultaron abrumadoras. El jurado no tardó demasiado en ponerse de acuerdo y considerarlo culpable. Si no encuentra el teléfono es, seguramente, debido a que su esposa se mudó de domicilio. Quizá ha tomado otro, con su nombre de soltera…

Baxter hizo un gesto de asentimiento. ¡Pobre Eunice! Tan feliz, y tan enamorada de su esposo, con un niño maravilloso… Aquel desgraciado suceso debió haber representado un durísimo golpe para ella. Pero se preguntó… ¿tan fuerte había resultado el golpe que la había lanzado a la senda del delito?

De pronto, se le acercó Clarissa, ataviada con un despampanante vestido cuyo escote en uve mayúscula llegaba casi al ombligo y con la falda literalmente pegada a las estallantes caderas.

—¿Me encuentras guapa, cariño? —preguntó, mimosa.

Baxter hizo un gesto de pesar. Días antes se había tropezado casualmente con Clarissa en el *hall* del hotel. Ella, lo sabía bien, había tratado de conquistarle desde el primer momento y Baxter, que no tenía en aquella ocasión grandes compromisos, se había dejado conquistar con toda facilidad. Clarissa era una rica divorciada, en busca de aventuras… y había encontrado una en el apuesto y seductor neoyorquino, cuya auténtica identidad ignoraba por completo.

—Clarissa, estás deslumbradoramente hermosa —dijo—. Pero mucho me temo que no voy a poder disfrutar de tu atractiva compañía. Acaban de llamarme de San Francisco… Mi anciana tía Edith está muriéndose y quiero encontrarme a su lado en sus últimos momentos… sobre todo, si pensamos en que puede dejarme algo así como un par de millones de dólares. Precisamente el señor Crane acababa de darme el aviso…

Baxter guiñó discretamente el ojo y el recepcionista se apresuró a corroborar la mentira.

—En efecto, señora Aubry; hace apenas un par de minutos que ha llamado el abogado de la señora Baxter…

—¡Oh, cuánto lo siento! —dijo Clarissa—. Eso significa que hemos de separarnos, Budd.

—Sólo por un par de días… ¡Lo siento tantísimo, créeme…! —

Ahora Clarissa estaba de espaldas al mostrador y Baxter hizo un gesto amistoso con la mano. Crane emitió una sonrisa de complicidad, pero volvió a recuperar muy pronto su expresión impasible al ver que Clarissa empezaba a girar de nuevo.

Ella lo hacía para apoyar el bolso en el mostrador y abrirlo con más comodidad. Sacó algo y se lo entregó a Baxter.

—Toma, las llaves del coche; no es necesario que alquiles uno —dijo.

—¡Oh, no sabes cuánto te lo agradezco…!

—Agradécemelo volviendo cuanto antes —pidió Clarissa, con ardiente mirada.

* * *

El coche se detuvo ante la entrada del famoso penal. Uno de los guardias examinó el pase que llevaba el visitante. Otro le pidió permiso para examinar el interior del vehículo, incluido el maletero. Baxter soportó pacientemente las formalidades, hasta que le dejaron acceder al estacionamiento. Luego, a pie, caminó hasta la puerta principal.

Cinco minutos más tarde, estaba en la sala de visitas. A los pocos momentos, entró un hombre uniformado.

El preso se detuvo en el acto al reconocer a su visitante.

—¡Baxter! ¡Budd Baxter! —exclamó.

El visitante sonrió,

—Te extraña mi presencia aquí, supongo, sargento Alameda —dijo.

Las mandíbulas del condenado se apretaron con fuerza.

—¿Por qué has venido? —preguntó—. Si hubiese querido que vinieras a verme, te lo habría dicho, ¿no?

Baxter adivinó, en el acto, el resentimiento que llenaba por completo el ánimo de su amigo.

—Roy, a ti te sucede algo y no lo digo porque estés aquí —murmuró—. Si estás en un apuro, yo procuraré ayudarte… Nunca olvidaré lo que hiciste por mí en Ka-Vjang…

—Pues debieras haberlo olvidado. Nunca me gusta pedir un favor a cambio de otros que yo haya podido prestar. Sé arreglármelas solo, ¿comprendes?

—En esta ocasión al menos, no. De lo contrario, estaríamos hablando en el porche de tu casa, con un par de buenas cervezas al alcance de la mano. Roy, cuando yo digo amigo a un hombre, doy a la palabra todo su valor exacto y no la empleo como mera fórmula. Te veo resentido, deprimido. Y empiezo a suponer que no has venido aquí por haber cometido realmente el delito que te imputaron. ¿Me

equivoco?

De pronto, Alameda pareció derrumbarse y se sentó frente al visitante.

—Es cierto —dijo, sordamente—. Fraguaron las pruebas contra mí; un cúmulo de pruebas sólidamente presentadas y tan inexpugnables como una muralla de mil metros de altura… No hubo salvación para mí; acabé con una sentencia de diez a veinte años… y llevo dos escasamente.

—Fue un desfalco —mencionó Baxter.

—Ochocientos setenta y tres mil dólares. Aparecieron ciento setenta y tres mil. Los setecientos mil restantes no se han visto jamás… ¡y lo peor es que creen que yo los escondí en algún lugar secreto, para aprovecharme de ese dinero cuando me pongan en libertad! ¡Dios, no setecientos mil, sino siete millones daría yo, ahora mismo, por abandonar este infierno!

—Lo cual significa que no tienes la menor idea de dónde puede estar ese dinero.

—En absoluto. Simplemente, alguien quería quitarme de en medio… y aprovecharse del botín, además. Ahora, ese despreciable hijo de puta estará en las Bahamas o en cualquier lugar del mundo, disfrutando del dinero, mientras yo me pudro y vivo aquí.

—¡Cálmate, Roy! —aconsejó Baxter—, Si de verdad eres inocente, un día saldrá a relucir tu inocencia. Pero eso no se puede conseguir si no se trabaja en el asunto.

Alameda miró, sobresaltado, a su amigo.

—¡Cómo! ¿Quieres decirme que piensas ayudarme?

—Roy, esta visita no es pura cortesía ni para dejarte en la caja del presidio unos dólares, que te permitan comprar cigarrillos. Si estoy aquí, es por saber la verdad y ver qué puedo hacer para librarte de la cárcel. Por medios legales, claro.

Alameda se pasó una mano por los labios.

—Te lo contaré todo… y luego tú decidirás si digo la verdad o soy un mentiroso lleno de ingenio.

—Espera —Baxter sacó una libreta y un lápiz—. Si tienes nombres que darme, prefiero anotarlos.

—De acuerdo.

El preso empezó a hablar. Media hora más tarde, Baxter conocía con bastante detalle el caso. Guardó la libreta y el lápiz y miró a su amigo.

—Confía en mí —sonrió.

—Un momento —dijo Alameda—. Budd, si piensas trabajar en este asunto… todo eso cuesta dinero y yo no tengo…

—¿Quién te ha pedido dinero, Roy?

—¡Maldita sea, no debiste haber venido!

—Pero ya estoy aquí, y no pienso dejar el asunto hasta resolverlo a satisfacción. Por cierto, discúlpame, pero no te he preguntado por Eunice y el niño.

La cara de Alameda se crispó.

—Hace seis meses que no tengo noticias de ninguno de los dos. Un día dejó de venir a visitarme… Todas las cartas que le he escrito a casa, han sido devueltas con el sello de «El destinatario se ausentó sin dejar señas». Budd, esto es un infierno para mí…

—Pero éste es un infierno del que se puede salir —afirmó Baxter, rotundamente.

* * *

Dutch Wilder tocó con los nudillos en la puerta y asomó su cuadrada cabeza a continuación.

—¿Está ocupado, jefe?

El gordo examinaba unos documentos en aquel instante.

—Pasa, Dutch —dijo.

Wilder entró y cerró a continuación. Luego miró recelosamente en todas direcciones. El gordo se impacientó.

—¿Por qué no levantas también la alfombra, a ver si debajo encuentras un espía?

—Jefe, es que no quiero que la fulana oiga lo que tengo que decirle…

—¿Qué fulana? ¡Ah, ya!; Eunice…

—Sí. Acabo de recibir noticias de nuestro informador de San Quintín. Dice que no pudo hablar conmigo hasta hoy. Pero hace dos días, un tipo de Nueva York estuvo a visitar a Roy Alameda, Tengo el nombre, incluso, y hasta su dirección en Monterrey. Oiga, jefe, ¿no le extraña que alguien se desplace desde Nueva York solamente para ver a Roy?

—Monterrey no está, precisamente, a un paso de San Quintín, Dutch —alegó el gordo.

—Bueno, para el caso es lo mismo… Yo sólo se lo dije, por si le interesaba. Por lo visto, el tipo es abogado y parece que habló de intentar una revisión del proceso, o algo por el estilo.

El gordo saltó en su asiento.

—¿Eso te han dicho? —rugió.

—Sí, jefe…

—¡Maldición, si Alameda saliera libre…! Dutch… ¿cómo diablos se llama ese abogado de Nueva York?

—Budd Baxter y se hospeda en el Seaview de Monterrey, es todo lo

que puedo decirle.

El índice del gordo se atiesó para apuntar a su esbirro.

—Y yo te diré otra cosa, Dutch: busca a ese tal Baxter y hazle saber lo poco que nos gusta su intervención en este asunto. Llévate a Jackie, ¿comprendido?

—Sí, señor. ¿Ha… hasta dónde podemos llegar?

—¡Psé…! Un brazo roto, o algo por el estilo.

—Está bien.

—Dutch, otra cosa. ¿Qué sabes de Jay Phoenix?

—Hasta ahora, nada; aún no ha dado señales de vida. ¿Quiere qué…?

—No, deja eso de mi cuenta. Tú ocúpate del picapleitos. Con Jackie, claro.

Wilder salió. Entonces, el gordo levantó el teléfono y marcó un número. A los pocos momentos, oyó una voz conocida:

—¿Sí?

—Eunice, ¿conoces a un tipo de Nueva York llamado Baxter, abogado y amigo de tu esposo?

La joven quedó con la respiración en suspenso durante un instante. Sí, conocía a Baxter, pero cierto instinto le hizo contestar negativamente.

—Es la primera vez que oigo ese nombre —manifestó—. ¿De dónde lo ha sacado usted?

—Ha estado en San Quintín a visitar a tu esposo. Por lo visto es abogado y tiene la intención de pedir la revisión del proceso. —El gordo soltó una desaforada carcajada—. ¡No lo conseguirá jamás!

—Sí, eso pienso yo…

—Me alegra que seas sensata, muchacha. Yo sí podría conseguir que tu esposo saliera a la calle… y lo haré algún día, pero no por el momento, ¿entiendes?

—Lo que entiendo es…

—¡Cállate ya! Voy a darte una orden: no intentes entrar en contacto con ese picapleitos o alguien lo pasará mal, ¿me has oído?

—Sí, señor.

—¡Ah, y vete preparando! El próximo golpe estará listo dentro de muy pocos días.

—Sí, señor.

—Recuerda una cosa: sí fracasas, no serás tú sola quien pague las consecuencias. Nos enteraríamos de inmediato *y*, antes de dos horas, el niño estaría muerto.

El corazón de madre de Eunice sangró al oír aquellas brutales palabras. Pero, al mismo tiempo, la mención del nombre de Baxter le

había hecho concebir ciertas esperanzas. Ahora había en su ánimo una ilusión que hacía mucho tiempo no sentía.

—Por cierto —dijo el gordo—, ¿de qué diablos pudo conocer tu esposo a ese maldito abogado?

—¡Qué sé yo! —contestó Eunice—. Roy fue sargento en los *marines* y allí conoció a infinidad de gente. Además, estuvo una temporada en Vietnam y luego prefirió licenciarse y aceptar el empleo que le ofrecían…

—Sí, ya lo 'sé, en la Golden Gale Toral Transpon. Bien, eso es todo por ahora.

—Espere un momento —pidió la joven—. ¿Cuándo podré verlos…?

—Al niño, la semana próxima, pero sólo estarás con él una hora. A tu esposo, por ahora, no. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Eunice dejó el teléfono sobre la horquilla. En el infierno en, que vivía desde hacía mucho tiempo, acababa de divisar por primera vez un tenue rayo de luz.

Capítulo III

EL hombre era grueso, calvo y las gafas para lectura cabalgaban casi en la punta de una nariz ridícula. Estaba en mangas de chaleco y calzaba unas zapatillas caseras. Bajo el brazo izquierdo sostenía doblado el periódico que estaba leyendo en el momento que llamaban a la puerta'.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Usted es Harry Bane —dijo Baxter.

—Así me llamo…

—Empleado en la sección de Caja de la Golden Gate Total Transport, según mis informes.

—Cierto, pero ¿qué pretende usted? ¿Es policía, acaso?

Baxter sonrió.

—No, soy amigo de un antiguo amigo suyo: Roy Alameda —dijo,

La cara de Bane gríseo en el acto.

—Yo no tengo amigos estafadores —protestó.

—En cambio, para mí, un amigo lo es siempre, haga lo que haga. ¿Puedo pasar?

—No, no tengo nada que hablar con usted, sea quien sea.

—Eso significa que tiene mucho miedo, señor Bane.

El individuo se lamió los labios, súbitamente resecos.

—¡Está bien! —accedió, al cabo—. Entre, pero no tengo nada que decirle.

—¡Oh, quién sabe…! Verá, he estado con Roy y me ha dado su versión de lo sucedido. Ahora, usted, como parte involuntariamente complicada en el asunto, me dirá lo que sepa. Yo compararé ambas versiones y luego obraré en consecuencia. ¿Me ha comprendido?

—Pero… ¿qué diablos es usted? ¿Qué pretende? —exclamó Bane, evidentemente muy nervioso.

—Es muy sencillo: estimo inocente a Roy y quiero intentar que se le conceda la revisión del proceso.

Aquellas palabras sobresaltaron terriblemente a Bane. En aquel instante, Baxter captó, sin género de dudas, la culpabilidad del sujeto.

Adelantó la barbilla agresivamente.

—¿Cuánto le pagaron por mentir? —preguntó.

—No, no… Yo dije la verdad…

—Usted dijo lo que le ordenaron que dijera. Le instruyeron muy bien y así actuó, luego, como uno de los testigos que enviaron a Roy a

San Quintín para diez años, por lo menos. ¿Por qué diablos no dice la verdad?

Bane hizo un esfuerzo para recobrar el aplomo perdido momentáneamente.

—Le seré franco —respondió—. Por dos razones. La primera, es que yo iría a la cárcel, si se supiera la verdad… pero puede que no llegase a pisar siquiera la puerta de una comisaría, y ésta es la segunda razón por la que me niego a hablar, ¿comprende?

—¿Le han amenazado?

—Me amenazaron, primero, y luego me dieron di ñero.

—Y no habrá pruebas —sonrió Baxter.

—Todo se hizo de palabra y me dieron el dinero en billetes —respondió Bane, con voz tensa,

—¿Cuál de los dos?

—¿Cómo?

—En la compañía de dos socios: Hoyt y Calder. ¿Cuál de los dos le dio el dinero?

—Creo que ya hemos hablado suficiente, señor Baxter.

—No, no lo crea. Esto ha sido una conversación exploratoria. Volveremos a vernos otro día y hablaremos mucho más rato. Acabaré por conseguir que me diga usted la verdad de todo lo sucedido.

Baxter se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró despreciativamente al sujeto.

—¿De verdad —preguntó—, disfruta usted con las treinta monedas de la traición que le pagaron?

El rostro de Bane se puso como si le hubiesen arrojado directamente el contenido de un tarro de pintura roja.

—Usted está aquí, libre de ir y venir cuando le plazca y por donde más le guste —añadió Baxter, a la vez que hacía un ademán semicircular—; pero a juzgar por lo que veo, se vendió usted por una cantidad miserable… y todo ello para que un hombre inocente haya sido condenado a diez años de presidio, por lo menos. Bien, señor Bane, le dejo para que vaya reflexionando… y empiece a pensar en nuestra próxima conversación.

—No habrá próxima conversación —dijo el traidor, ensenando mucho los dientes.

Baxter soltó una risita y abrió la puerta para salir al pasillo. Un poco más adelante, se tropezó con un hombre joven, algo más alto que él y de aspecto atlético, vestido con cazadora y pantalones de sarga azul. Llevaba un sombrerito que apenas tenía alas, de tela a cuadritos blancos y negros, y lentes ahumados muy claros.

—Dispense —dijo Baxter.

—¡Oh, no tiene ninguna importancia! —contestó el joven, con una

brillante sonrisa, de dientes muy blancos y perfectamente iguales.

Él joven iba agradablemente perfumado. La colonia o loción que usaba tenía un aroma poco intenso, pero muy definido.

Baxter siguió su camino. Poco después, estaba en la puerta de la calle. Encendió un cigarrillo.

Bane era culpable, lo había admitido. Pero no tenía que admitirlo ante él, sino ante un jurado… y esto sería muy difícil de conseguir.

De repente oyó, en lo alto, un horripilante alarido.

Casi presintió lo que iba a suceder y saltó hacia el interior del portal. En el mismo instante, oyó el aterrador sonido de) choque de un cuerpo humano contra la acera: el ruido de la carne machacada y los huesos rotos resultó espeluznante.

Con el cigarrillo entre los labios, todavía sin encender, contempló melancólicamente los sangrientos despojos de un hombre que, apenas un minuto antes, había asegurado que no habría próxima conversación. ¿Tenía ya, Bane, en aquellos momentos, intenciones de poner fin a su vida?

La calle, no demasiado ancha, estaba llena de ruidos: gritos, chillidos histéricos de las mujeres, bocinazos, chirridos de frenos utilizados bruscamente… En unos pocos segundos, se había formado un atasco de automóviles y el olor de la gasolina quemada hacía casi irrespirable el ambiente,

Baxter salió de la casa. Era un edificio de apartamentos, en donde había numerosas viviendas. Si se trataba de un asesinato, pensó, resultaría ya imposible encontrar a su autor.

* * *

—Necesito detalles sobre una empresa denominada Golden Gate Total Transport. Los socios principales y dueños de la empresa se llaman Phineas Hoyt y Doug Calder. Hace cosa de un par de años, sufrió la empresa un desfalco de casi novecientos mil dólares. Empieza a hurgar en tus archivos.

A través de miles de kilómetros llegó hasta los oídos de Baxter una sarcástica carcajada. Procedía del director de su agencia de recortes de prensa, Denis Gray.

—Bien, caballero andante. Supongo que el herrador estará revisando las patas de tu cabalgadura y que el escudero se habrá dedicado a bruñir tu armadura… ¿O es «escudera»?

—Denis…

—No, no me lo digas; ya sé que no es cosa de broma. La dama desvalida, ¿es rubia o morena?

—No es una dama.

—¡Ah, una furcia…!

—¡Denis! Se trata de un hombre. Hace casi diez años, me salvó la vida, cuando aquel jaleo de Vietnam apenas había empezado.

—¡Oh! Un héroe a lo John Wayne, películas de guerra y demás; americano listo y japonés tonto, ¿eh? —dijo Gray sarcásticamente.

—Denis, ese hombre me salvó verdaderamente la vida y lo que pasó en aquella ocasión no era una escena para una película heroica. Ahora está en San Quintín, para diez años, y le han echado encima un cúmulo de pruebas que no cabría en la Gran Pirámide, suponiendo que ésta fuese hueca.

Gray silbó.

—Diez años en San Quintín no es una bicoca —dijo.

—San Quintín no es un balneario.

—Sí, lo sé, aunque, gracias a Dios, no por experiencia. Budd, yo te aconsejaría que te dejases de jaleos, pero sé que cuando te metes en un lío de esta clase, hasta una pared me escucharía con más atención que tú. Bien, haré lo que pueda… teniendo en cuenta que me suena algo acerca de esa estafa.

—Gracias. Envíame todo lo que consigas al Seaview, de Monterrey. Y, como de costumbre, considérame un cliente a efectos de honorarios.

—Eso es lo único que no te perdono —dijo Gray—. ¡Suerte, Budd!

Baxter colgó el teléfono. Muy pensativo, se preguntó dónde podría encontrar a Eunice. Roy lo había dicho bien claro: ella se había trasladado de residencia y no había dejado señas.

Quizá había alguien que se lo podía decir… pero no quería iniciar la menor gestión sin antes tener algunos informes que podían resultarle muy útiles para apretar algunas clavijas, ahora un tanto flojas.

Los informes pedidos tardarían un par de días en llegar, mediante el correo aéreo. Mientras tanto… estaba Clarissa.

* * *

—No me has dicho cómo has encontrado a tu tía.

—Mi… tía… —Baxter recordó de pronto—. ¡Ah, sí, tía Edith! Algunos médicos deberían volver a la Facultad de Medicina. Tía Edith vivirá todavía muchos años. Tiene una salud de hierro. Fue una falsa alarma, simplemente.

Tendida de pecho sobre la arena, Clarissa volvió la cabeza y miró maliciosamente a su acompañante, situado al otro lado de las grandes gafas oscuras con que se protegía las retinas de la reverberación solar.

—Quizá tía Edith no tiene ochenta años, ni siquiera una tercera

parte —insinuó.

Baxter encendió dos cigarrillos y pasó uno a Clarissa.

—Te diré una cosa, absolutamente segura: no he estado con otra mujer.

—Ni con tía Edith.

—Con ésa sí, Ciar…

—¡Bueno, hombre, bueno, no te sulfures! No quiero meterme en tus asuntos privados. Has vuelto, y eso es lo que importa.

—Celebro que pienses así. ¿Te apetece algo fresco?

Clarissa sonrió.

—El agua del mar —dijo.

Baxter hizo un movimiento aprobatorio.

—Tú, con el traje de Anfitrite… la Venus que nació del mar…

Ella se echó a reír.

—Eso era antes. Ahora, las Venus nacen de una forma mucho más prosaica… —De pronto, lanzó un gritito—. ¡Ay!

Baxter volvió la cabeza. Clarissa se había quejado, porque alguien acababa de poner el pie en el centro de su atractivo trasero.

El joven se volvió lentamente. Clarissa se sentó, sujetando con ambas manos las cazoletas del sujetador, que había soltado para que el sol dorase su espalda por completo. Baxter frunció el ceño, mientras contemplaba a los dos sujetos, de apariencia física tan dispar, situados a un par de pasos de distancia.

—La fulana está hecha un bombón —dijo Calder.

—Muy rica —añadió Uoto.

Clarissa tenía la boca muy abierta, pero no decía nada. Calder volvió los ojos hacia su acompañante.

—Usted es Baxter —dijo.

—Así me llamo.

—Tenemos un mensaje para usted. Jackie, ¿quieres dárselo?

—Con mucho gusto —respondió Uoto.

Baxter adivinó el ataque inminente y se puso en pie de un salto. En aquel instante, Uoto emitía un grito penetrante:

—*Kiai*!

Los pies del oriental batieron velocísimamente el aire, a metro y medio del suelo, elevado para atacar con un doble golpe de karate volador. Clarissa contemplaba, estupefacta, la escena.

Las punteras de dos zapatos rozaron el mentón de Baxter quien, con velocidad relampagueante, agarró los dos tobillos de su atacante, manteniéndolos, con una presa irresistible, a un metro del suelo. Uoto, sorprendido, cayó hacia atrás, extendiendo las manos hacia el suelo, a fin de parar la caída en lo posible.

Pero Baxter no se estuvo quieto. Inmediatamente, y sin soltar a Uoto, empezó a girar sobre sí mismo, adquiriendo mayor velocidad a cada vuelta. Uoto chilló cuando sintió que sus manos se despegaban del suelo.

El cuerpo del oriental adquirió la línea horizontal. Wilder, atónito, no acertaba a reaccionar. De pronto, Baxter abrió las manos.

Uoto salió volando por los aires. Incluso subió unos centímetros, en una trayectoria parabólica, que acabó justo en la orilla húmeda, a seis o siete metros de distancia del lugar donde se había iniciado la pelea.

Wilder lanzó un rugido. Furioso, disparó su puño derecho, pero dos manos que parecían tener los dedos de hierro, aferraron el miembro. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, se encontró volando por los aires, para caer de espaldas sobre la arena. Aturdido, intentó levantarse, pero cuando ya estaba sentado en la arena, una rodilla golpeó perversamente su mandíbula y cayó hacia atrás, dormido cómo un leño.

Uoto había conseguido levantarse. Una ola le golpeó de lleno en la espalda, haciéndole caer de bruces, totalmente empapado. Uoto lloraba y bramaba de rabia.

Aquel hombre, joven, de aspecto más bien corriente, le había derrotado a él, todo un experto en artes marciales. Bien, todavía no había desplegado todas sus habilidades. Ahora vería aquel despreciable sujeto de lo que era capaz un hombre de su clase.

Pero entonces dos manos, que parecieron volar solas, despegadas de sus brazos, golpearon simultánea— mente su cuello, bajo las orejas. Uoto perdió el sentido instantáneamente.

Clarissa corrió hacia Baxter y le alzó el brazo derecho.

—¡Vencedor por doble fuera de combate! —exclamó.

Baxter miró a la joven y sonrió.

—Cuando estemos solos, no me importa tu indumentaria… o tu falta de indumentaria —dijo—, Pero ahora, por favor, ponte algo de ropa.

Capítulo IV

BAXTER había registrado a los atacantes. Wilder llevaba un revólver de cañón corto, que emprendió un vuelo de más de veinte metros, para hundirse en el océano. A Uoto le encontró encima un *shuriken.*

—¿Qué es eso? —preguntó Clarissa, estupefacta.

—Luego te lo explicaré. Ahora tengo que hablar con esos tipos. Me atacaron, y no por robarme, precisamente.

Clarissa entornó los ojos.

—Budd, ¿qué eres tú? —inquirió.

—Pregunta sin respuesta… al menos por ahora —Baxter golpeó suavemente la tersa mejilla femenina—. Pero ellos sí que van a dar respuesta a mis preguntas…

—¡Espera un momento! Por fortuna, llevo puestas las gafas de sol… y hace un par de años llevaba un peinado distinto. Dutch Wilder no me ha reconocido, lo cual no deja de ser una suerte —dijo Clarissa sorprendentemente.

—¿Qué? ¿Conoces a uno de esos tipos?

Clarissa señaló al más robusto.

—A ése… pero deja que se vayan y te lo contaré todo con más detalle.

—De acuerdo.

—Quizá lo que te diga yo, te ahorre el interrogatorio.

—Seguro, preciosa.

Calder y Uoto despertaron poco después. Baxter los despidió con buenas palabras, sin burlarse apenas, pero ello no impidió que captase el brillo maligno que había aparecido en los ojos del oriental. «Le he derrotado una vez y no me lo perdonará», adivinó los pensamientos de Uoto.

Minutos más tarde, habían vuelto a quedarse solos. Baxter abrió la nevera portátil y sacó una lata de cerveza. Clarissa se preparó un doble de whisky con un par de cubitos de hielo.

—Empieza, guapa —dijo él.

—Verás… no me importa que lo sepas… ¡Qué diablos, una es joven, no mal parecida…! De cuando en cuando, siente que el cuerpo le hormiguea, y entonces encuentra a un hombre atractivo…

—Lo sé —sonrió Baxter—. Entonces, tienes que ver la forma de calmar ese hormigueo.

—Exactamente. Lo que pasa es que yo no sabía bien la clase de

detestable individuo que era el que me había subyugado… por el momento, claro. No lo supe hasta que, un buen día, alguien se me presentó con unas fotografías nada honestas. Las habían tomado sin que yo lo supiera y pretendían hacerme chantaje.

—Pasa muchas veces, preciosa.

—Sí, yo creí que era cosa de películas o de historias detectivescas, hasta que me encontré, de repente, metida en uno de esos jaleos. Bueno, el caso es que Wilder fue el que vino a visitarme con las fotografías, pidiéndome diez mil dólares para empezar. Yo le dije que en aquel momento no disponía de dinero y que necesitaba algo de tiempo para reunirlo. En realidad, me suponía que no era sino un esbirro y me interesaba conocer a su jefe. Lo conseguí.

—¡Caramba! —exclamó Baxter, sinceramente admirado—. ¿Qué truco empleaste?

—¡Oh!; cuando Wilder me llamó por teléfono, para concertar una entrevista, yo le dije que no me fiaba de él y que no daría el dinero a nadie, si no era al jefe en persona. Wilder se desconcertó, pero acabó cediendo. ¿Qué garantías tenía yo, dije, de que no se quedaría con la «pasta» y luego vendría el jefe a reclamarme, de nuevo, otros diez mil dólares?

—¡Bravo! —dijo Baxter, entusiasmado—. Sigue, por favor.

—El jefe también cedió y concertamos una nueva entrevista en un lugar discreto, no mucho más concurrido que esta playa. Yo llevaba un encendedor y lo usé unas cuantas veces, mientras aseguraba al jefe que estaba a punto de reunir el dinero y que lo tendría, como máximo, en el plazo de tres días. El hombre me concedió ese plazo. A los tres días, nos reunimos de nuevo y yo le enseñé otras fotografías. En lugar del tipo que me había enamorado, aparecía él, completa y vergonzosamente desnudo, con montones de kilos de grasa en unos rollos repugnantes, verdaderamente nauseabundos. «Publica mis fotografías —le dije—, y a la semana siguiente aparecerás tú también en esa asquerosa revista, editada para tipos rijosos y llenos de complejos sexuales. Y tu negocio, basado en la coacción y el chantaje, se te irá al diablo.» El gordo agachó las orejas y ya no ha vuelto a molestarme.

Baxter se echó a reír.

—Verdaderamente, eres maravillosa. El encendedor, supongo, era una microcámara —dijo.

—Sí, y el artista que «trató» las fotografías, empleando, también, las mías, para hacer la composición adecuada, es un buen amigo mío, además de un excelente dibujante, capaz de reproducir, sin la menor dificultad, un Velázquez o un Rembrandt, sin que se note la diferencia. Afortunadamente, no le ha dado por la falsificación de moneda,

pero… créeme, la composición resultó perfecta. Nadie diría que no se habían tomado las fotografías en los momentos culminantes.

—Bueno, y luego… ¿cómo le pagaste a tu amigo?

Clarissa le dio un cariñoso cachetito en la mejilla.

—No pienses mal, pero a mi amigo el artista no le gustan las mujeres —respondió—. Su defecto, sin embargo, no le impide ser absolutamente leal con los amigos.

—Habrá que felicitarle —dijo Baxter gravemente—. Entonces, conoces al jefe de Wilder.

—Le conozco, y sé dónde vive —respondió Clarissa.

* * *

Al atardecer, regresaron al hotel, cansados, pero satisfechos de la excursión. En el *hall*, Clarissa, inopinadamente, se encontró con un conocido.

—¡Duke! ¡Duke Murphy! —exclamó, alborozada.

El hombre se volvió, reconoció a Clarissa y sonrió.

—Querida… —Tomó su cintura con ambas manos y la besó afectuosamente en ambas mejillas—. Lo qué menos podía imaginarme era que estuvieses aquí, en estos parajes…

—Estoy pasando unos días de descanso, amorcito —respondió ella —. ¡Oh, perdóname…! Duke, te presento a Budd Baxter, un buen amigo. Budd, éste es Duke Murphy, también un amigo de los buenos.

Los dos hombres se estrecharon las manos Murphy vestía impecable: *blazier* azul, con botones plateados, pantalones blancos y pañuelo de color rojo vino al cuello. Era muy rubio y de ojos intensamente azules, terriblemente atractivo para las mujeres, apreció Baxter, a quien el individuo le recordó a un conocido actor: James Franciscus. Casi parecía su doble.

Hubo después una breve charla. Al cabo de unos minutos, Murphy se separó de la pareja, alegando un pretexto vulgar. Clarissa se bajó los lentes hasta la punta de la nariz, y miró, maliciosamente, a Baxter.

—¿Celoso? —preguntó.

—No digas tonterías, querida.

—Es un chico muy apuesto. Pero no pude colgar su cabellera de mi cinturón.

—Oye, no será el artista…

—¡Oh, no, en absoluto! Pero hay hombres con los que todas las artes de seducción fracasan miserablemente. Estoy segura de que otra sí lo conquistó… a pesar de lo cual seguimos siendo excelentes amigos. Lo conocí hace tiempo en una fiesta, salimos juntos varias veces… pero no hubo nada.

—Al menos, consuélate pensando que conmigo no has fracasado y que mi cabellera sí cuelga de tu cinturón —rió Baxter, mientras asía el brazo de la joven y la empujaba hacia el ascensor.

De pronto, aspiró con fuerza.

—Ese perfume…

—¿Te gusta? Es una loción muy varonil, «Phenice». Los fabricantes dicen que ya la usaban los fenicios para conquistar a las mujeres…

Baxter meneó la cabeza.

—Pobre del individuo que necesite perfumes para llegar al corazón de una mujer —dijo, mientras el ascensorista se apartaba respetuosamente a un lado.

—Muchos usan perfumes y lociones, y por ello no se consideran menos hombres, Budd.

—Sí, pero no conviene exagerar, querida.

Al día siguiente, por la mañana, Baxter se levantó relativamente temprano. Tenía que hacer una visita y había más de una hora en coche.

A las diez en punto de la mañana, llamaba a una puerta. Un hombre abrió casi un minuto más tarde.

—Sí…

A Baxter no le sorprendió encontrarse con un conocido. Wilder parecía todavía adormilado y, cuando quiso darse cuenta, se encontró curvado hacia adelante, con las manos en el estómago. Un segundo golpe, detrás de la oreja izquierda, le hizo perder el conocimiento.

Baxter tuvo tiempo de recogerlo en brazos antes de que llegara al suelo, con lo que evitó un ruido innecesario. Discretamente, arrastró a Wilder hasta el otro lado de un gran diván, dejándolo tendido en posición paralela al mueble. Luego lo inclinó suavemente y se lo puso encima, de modo que pudiera respirar sin dificultades. Le costaría salir de allí, pensó divertido.

La casa era grande, lujosa. En aquellos momentos, pensó, el dueño sólo tenía un guardaespaldas que vigilase su sueño. Para evitar sorpresas, pasó la cadena de seguridad. Luego atravesó la sala y llegó a un dormitorio en el que había una enorme cama.

El sujeto que dormía allí, plácidamente, dejaba muy poco sitio para otra persona. Baxter recorrió la estancia con la vista. De pronto, vio unos pantalones de pavorosas dimensiones, con un ancho cinturón de cuero.

Sonrió divertido. Cuando tuvo el cinturón en la mano, alzó el brazo.

El golpe resonó como un disparo. Se oyó un agudo grito. El gordo, terriblemente sobresaltado, se sentó en la cama.

—Pero ¿qué diablos…?

Con la mano izquierda, y aprovechándose del factor sorpresa, Baxter agarró al sujeto por el cuello rebosante de grasa y tiró de él, haciéndole salir de la cama. El gordo quedó ridículamente a cuatro patas. Baxter descargó un segundo cinturonazo en aquellas posaderas, que parecían un globo aerostático.

Sonó un terrible alarido. El gordo se sentía terriblemente desconcertado, sin saber quién ni por qué le azotaba. Baxter descargó su tercer golpe, ahora dirigido a la carnosa cintura del individuo. Este cayó por el suelo, revolcándose de dolor.

—¡Basta, basta! —gimió—. Por piedad, no me pegue más…

Baxter sé inclinó hacia él.

—Te llamas Elmo Thaine —dijo duramente.

—Sí…

—Ayer, dos de tus chicos me hicieron una visita cuando estaba de excursión. ¿Te contaron el resultado?

—Sí, pero… ¡maldita sea!, sólo querían darle un susto…

—Se lo di yo a ellos —rió Baxter—. Sin embargo, no quiero hablar de ese par de gaznápiros. Dime una cosa, Elmo. ¿Dónde está Eunice Alameda?

Los menudos ojillos de Thaine se dilataron enormemente.

—¿Có… cómo ha dicho?

—Ya lo has oído. —El cinturón chasqueó de nuevo y ahora el golpe fue dirigido a un grasiento muslo, cuyo dueño empezó a arrastrarse gimoteante por el suelo del dormitorio—. Contesta o te despellejaré vivo a latigazos —exigió Baxter duramente.

Para Thaine era algo incomprensible la forma en que aquel sujeto había averiguada su residencia. Se preguntó si habría seguido a los dos esbirros, pero el dolor apenas si le dejaba reflexionar.

De pronto, vio el cinturón que ondeaba de nuevo en el aire y extendió las manos suplicantemente.

—¡No! —chilló—. Se lo diré… Junípero Road, 102… Salinas…

Baxter se inclinó sobre el gordo y lo alzó con la mano izquierda, agarrándole por la chaqueta del pijama.

—Escucha —dijo—. Voy a buscar a Eunice. No intentes molestarla más en los días de tu vida, porque vendré aquí y te dejaré en los huesos… descarnándote la grasaza con una cuchilla de carnicero…

De súbito, despidió al gordo con terrible violencia, lanzándolo contra la pared más próxima. Hubo una especie de temblor de tierra y Thaine cayó al suelo, con los ojos llenos de lágrimas, pensando que estaba padeciendo una pesadilla y que muy pronto iba a despertar.

Pero se equivocaba. Cinco minutos más tarde, estaba atado y amordazado con tiras hechas de las sábanas de su cama. Luego, Baxter, convertido en una especie de ciclón destrozó completamente el

teléfono. Thaine tardaría mucho en disponer de uno nuevo.

Cuando se disponía a salir, vio que el diván empezaba a moverse. Sonriendo, agarró un jarrón y esperó a que Wilder asomara la cabeza. El jarrón se rompió con gran estruendo. Wilder volvió a caer de espaldas y el diván se derrumbó nuevamente sobre él.

Cuando se disponía a salir, alguien llamó a la puerta.

Con la mano izquierda, Baxter quitó la cadena de seguridad. Luego hizo girar el pomo.

Jackie Uoto apareció ante sus ojos.

—¡Hola, Dutch! —saludó, antes de que pudiera darse cuenta de su equivocación—. Perdona mi retraso, pero es que he querido cerciorarme de que todo está en marcha…

—¿Sí? —dijo Baxter sonriendo.

Uoto lanzó una maldición al percatarse de su error. Pero ya era tarde.

Baxter no quería perder tiempo en demostraciones de su maestría en las artes marciales. Simplemente, disparó el puño derecho con toda su potencia y alcanzó de lleno a Uoto en la mandíbula.

Medio minuto más tarde, un inconsciente hombrecillo quedaba atravesado sobre el diván volcado. Baxter se preguntó cuál de los dos hampones sería el primero en recobrar el conocimiento.

Capítulo V

LA chica vestía una chaqueta de pieles, bastante usada y hasta con remiendos en algunos sitios, aunque claramente se veía que eran remiendos decorativos más que hechos por escasez de numerario. Llevaba el pelo, castaño, suelto y lacio, y mascaba chicle con toda devoción. Pendiente del hombro izquierdo, llevaba un gran bolso de fibra. Con la mano derecha, jugueteaba con las cuentas de un enorme collar de artesanía. Tranquilamente, se situó ante la ventanilla de pagos y esperó su turno.

En aquellos momentos, la clientela era más bien escasa. La chica con aspecto de *hippy* seguía masticando chicle con aire de desinterés hacia todo lo que le rodeaba. El vigilante armado que cuidaba de la seguridad del Banco la miró unos segundos y luego desvió la vista, mientras pensaba cosas nada agradables para la fulana que se disponía a cobrar alguna cantidad. «Mucho presumir de independiente y de vida libre y sin ataduras y luego el puerco papá capitalista tiene que enviar dinero para que su adorada hijita pueda seguir echando pestes del sistema», pensó.

Una ancianita amable y simpática se puso en la cola. La chica le cedió su puesto amablemente. «Al menos, es educada», se dijo el vigilante.

Al fin, la muchacha quedó frente a la ventanilla. El vigilante se despreocupó de ella. Había un tipo junto a la puerta, mirando con cierta insistencia a la calle. Esperaba que no se tratase de un vigía de alguna banda de atracadores. De lo contrario, el tipo iba a tener noticias de su «Magnum» 38 cuya culata acarició cariñosamente.

—¡Buenos días, señorita! —saludó el cajero—. Hace un tiempo estupendo, ¿verdad?

—Sí, por eso el Banco no necesita luz y no funcionan los sistemas de alarma —dijo la *hippy* sorprendentemente—. Por favor, no arme ruido o tiraré de la correa de mi bolso. Vea el cañón que asoma por debajo; usted moriría en el acto.

El cajero se quedó estupefacto. Ella puso un papel sobre el mostrador.

—Cuidado —advirtió en voz baja, aunque sonriendo—. No haga nada sospechoso. Piense en su mujer y sus hijos…

—Soy soltero —contestó el cajero, maquinalmente.

—Entonces, piense en su madrecita querida. ¡Vamos, pronto, la «pasta»!

El cajero, aterrado, empezó a reunir fajos de billetes. La chica cubría con su cuerpo, agrandado por el chaquetón de pieles, todo el ámbito de la ventanilla. La atención del vigilante seguía centrada en el posible espía.

—Es una ventaja que el Banco esté situado en un sitio tan luminoso —dijo la chica, sin dejar de mover las mandíbulas—. Quédese con el cheque y no diga nada hasta pasados cinco minutos. Hay un amigo que le apunta con un rifle desde la furgoneta que se ve desde aquí. Y tiene una puntería de cazador de película.

El cajero tragó saliva. Anonadado, dejó que los fajos de billetes pasaran al bolso. Momentos después, la *hippy*, con su aire de despego y desdén hacia todo el mundo, salía del Banco sin ser molestada en absoluto.

Dos minutos más tarde, llegó una mujer gruesa, de cierta edad, encarnada y jadeante. El supuesto espía de unos atracadores corrió a su encuentro.

—¡Por fin has llegado, Millie! —exclamó—, ¡Vamos, démonos prisa o no llegaremos…!

La pareja corrió hacia la ventanilla. El vigilante respiró aliviado. No había motivos para sentir la menor alarma; seguramente, se trataba de evitar el retraso en un pago.

Complacido, encendió un cigarrillo. Apenas había aspirado la primera bocanada de humo, oyó un grito que le puso los pelos de punta:

—¡Socorro, me han atracado!

* * *

El coche se detuvo frente a la casa. Su conductor se inclinó para abrir la portezuela del lado derecho.

—¡Has estado muy bien, guapa! —dijo—. Quédate en casa; ya recibirás noticias por teléfono.

Eunice no contestó. En silencio, abandonó el vehículo y cruzó el corto sendero que conducía a la casa. Oculto tras unas cortinas, Baxter anotó la matrícula del automóvil.

Una vez en el interior, Eunice se arrancó de un manotazo la cabellera castaña, lacia y suelta, y la arrojó a un rincón. El chaquetón de pieles siguió el mismo camino, junto con el bolso de rafia, en el que ya no estaban ni el dinero ni el revólver. A continuación, se acercó a una mesita, destapó una botella y la inclinó sobre un vaso alto.

Una mano se apoderó de la botella.

—Beber no es bueno en tus circunstancias, Eunice —dijo Baxter.

Ella se volvió lentamente. Con ojos desorbitados, contempló al

hombre que había aparecido de forma tan inesperada.

—Eres…

—Budd Baxter, señora atracadora solitaria —sonrió el joven—. Por lo que veo, hoy has usado otro disfraz, y es lógico, porque durante algún tiempo, todo empleado de Banco sospecharía de una rubia vestida de negro.

Eunice retrocedió, aterrada.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—Te reconocí en la fotografía que apareció en los periódicos, tomada por una cámara oculta. —Baxter agarró a la joven por un brazo y la condujo hasta el diván—. Siéntate… y desahógate sin temor. Soy amigo tuyo y de Roy, y estoy aquí para ayudaros.

De pronto, Eunice escondió la cara en las manos. Baxter, compasivo, la dejó que se desahogase en aquel llanto convulsivo. Era fácil adivinar que aquella hermosa mujer estaba sometida a una intensísima presión.

Al cabo de un rato, Eunice se secó los ojos.

—Tú no conoces la verdad… Pero ¿cómo has aparecido…?

—Vine para unos asuntos particulares a California y leí la noticia del primer atraco. Me pareció que eras tú y acerté. He hablado con Roy, ¿sabes?

—¿Has estado en San Quintín?

—Sí, aunque eso puede esperar, por ahora. Vayamos a lo más importante, los atracos. Eunice, el primer golpe estuvo maravillosamente planeado y mejor ejecutado. Hoy, supongo, habrá sucedido lo mismo.

—Sí. Creo que… que han sido unos veintiséis mil dólares…

Baxter torció el gesto.

—Veintiséis y treinta y ocho del otro día suman sesenta y cuatro mil. Hasta setecientos mil, faltan aún muchos dólares. No irás a pensar en reponer la suma que se atribuye desfalcada a tu marido mediante el robo a los Bancos, ¿verdad?

—No, no… Y aún no sé bien por qué me obligan a robar… ¡Pero tengo que hacerlo, Budd, tengo que hacerlo! —clamó la joven.

—¿Por qué? —Baxter estaba muy serio.

—¿No lo comprendes? ¿Has visto a Tony en esta casa?

Baxter se puso rígido.

—El niño —murmuró.

—Sí. Me lo quitaron… Está con unos sujetos… Me permiten visitarlo una vez a la semana… Son una pareja, hombre y mujer, y le han hecho creer que son sus tíos y que yo le he dejado con ellos, porque necesito trabajar… ¡Pero si no hago lo que me ordenan, me lo matarán!

—De modo que es eso —murmuró Baxter—. Bien, ahora pienso que sí te conviene un sorbo. Y a mí, ¡qué diablos!

Puso dos dedos de whisky en los vasos y entregó uno a la joven.

—Sinceramente, creo que Roy es inocente, y más desde que murió uno de los testigos de la acusación, Harry Bane. ¿Lo conocías?

—¿Ha muerto?

—Oficialmente, se ha dictaminado suicidio, pero pienso que fue lanzado por la ventana. A juzgar por lo que pude apreciar cuando hablé con él, era un eslabón débil. Podía romperse en cualquier momento y alguien decidió que lo mejor era evitar riesgos, quitándolo de en medio.

—Es increíble —dijo Eunice—. Budd, yo te juro que Roy no se llevó ni un solo centavo. Simplemente, fraguaron las pruebas para que apareciese como culpable… y ellos se quedaron con todo el dinero.

—Sí, me imagino algo por el estilo, y no va a resultar precisamente fácil demostrar la inocencia de Roy. Sin embargo, lo conseguiremos… aunque ahora interesa mucho más el niño. Has dicho que lo tienen secuestrado.

—Sí. Y si me niego a ejecutar estos atracos, lo matarán. Serían capaces de hacerlo…

Baxter empezó a pasear por la estancia. El ataque de los dos hampones en la playa le había llevado a la conclusión de que estaba relacionado con su visita a Roy Alameda. Pero al enterarse de que éste desconocía el paradero de su esposa, había pensado que alguien sí lo conocía… y el acierto había resultado total.

Ahora bien, se preguntó, ¿qué interés podía tener Thaine en obligar a una mujer a la comisión de unos atracos en los que, bien mirado, las cantidades conseguidas no eran cosa del otro mundo?

De pronto, recordó la «especialidad» de Thaine y creyó haber hallado la solución.

Sonrió.

—¿Dónde está el niño? —preguntó.

—No lo sé —contestó Eunice sorprendentemente—. Cuando me llevan a visitarlo, me tapan los ojos a pocos kilómetros de Salinas. Sólo cuando estamos a punto de llegar, me quitan la venda. Es una venda blanca, como de cirujano. Una vez nos detuvo un patrullero y el tipo que me llevaba dijo que volvíamos del hospital, de curarme los ojos. El médico había recomendado que llevase la venda todavía algunas semanas…

—Una solución muy ingeniosa, debo admitirlo. ¿Conoces el nombre del individuo que te lleva en el coche a ver al niño?

—Sí, pero la casa tiene teléfono. Si intentásemos algo, lo matarían, Budd. Son muy amables en apariencia… pero los he visto y sé que son

capaces de todo.

—Muy bien, rescataremos al chico antes' de que puedan hacer nada. Eunice, tú te quedarás aquí, haciendo vida normal. El hombre que te ha traído en el coche no me ha visto ni sabe que yo estaba aquí I Se enterará más tarde… y vendrá a buscarte. Deja que yo intervenga entonces, ¿comprendido?

—Sí, Budd.

Baxter sonrió.

—Tendrás al chico y ellos se quedarán con dos palmos de narices —aseguró.

—Budd, hay algo que no entiendo. ¿Por qué me obligan a atracar…?

—Muy sencillo: sospechan que tu marido escondió los setecientos mil dólares en alguna parte, y quieren conseguirlos. Un día, irán y le dirán que tú eres la atracadora solitaria y que tienen pruebas, que pueden presentar en cualquier momento. Naturalmente, calculan que Roy no querrá que te metan en la cárcel por quince o veinte años, y dirá dónde escondió el dinero, para que no te pase nada. Y para forzarte a obedecer, emplean a Tony como rehén.

Eunice se dejó caer en el diván.

—Ahora ya está todo claro… pero si averiguan algo, el niño…

—¡Tranquila, el niño no sufrirá el menor daño!

Baxter se fijó en el cenicero, donde había un par de colillas.

—Tú no fumas, creo recordar —sonrió.

—No, no fumo —confirmó la joven.

—Está bien, retiraré las colillas, a fin de que el tipo no sospeche. ¿Cómo se llama el tipo que te ha traído en el coche?

—Jay Phoenix. Había otro, pero de ése no sé el nombre. Estaba al otro lado de la calle, con una furgoneta de reparto. Es el tipo que debía intimidar al cajero, haciéndole suponer que lo apuntaba con un rifle.

—¿Llevaba el rifle?

—No, pero ¿cómo iba a saberlo el cajero? Basta que le digas eso a una persona y le señales la furgoneta…

—¡Claro!; se traga la fábula en el acto —sonrió Baxter—. Bien, vamos a esperar la llegada del buen Jay Phoenix.

* * *

Phoenix llegó dos horas más tarde.

Baxter estaba adormilado en una butaca y Eunice le despertó suavemente.

—Ya está ahí.

Desde la ventana, Baxter vio al sujeto. Era ligeramente más bajo que él, delgado y de figura esbelta. Pero bastaba verle la cara para saber que era aún más duro que Wilde y Uoto juntos.

Baxter calculó rápidamente la situación. Phoenix habría llegado a casa de Thaine, encontrándose con un cuadro inesperado. Thaine le habría despachado de inmediato a la residencia de Eunice, sin usar el teléfono, para no levantar posibles sospechas. Ahora vendría a buscarla, para llevársela…

La puerta no estaba cerrada con llave. Phoenix abrió y cruzó el umbral. Inmediatamente sintió un vivísimo dolor en la nuca, y las piernas perdieron sus fuerzas.

Eunice había contemplado la escena llena de aprensión. Conocía a Phoenix y temía lo peor, pero al ver que era derrotado con tanta facilidad, se sintió mucho más aliviada.

Baxter se inclinó sobre el caído y le desposeyó de un revólver de cañón corto. Luego, sin perder de vista a Phoenix, se acercó al teléfono.

Instantes después, oyó la voz de Clarissa:

—Budd, ¿qué haces? ¿Dónde te has metido?

—Preciosa, no hagas preguntas. En todo caso, las haré yo… Me dijiste algo de una cabaña de recreo un poco más arriba de Fresno, cerca de la Sierra, creo recordar.

—Sí, es cierto…

—¿Tienes las llaves a mano?

—Claro…

—Toma el coche y ven inmediatamente a Junípero Road, 102, Salinas. Tienes que hacerme un favor muy grande.

—Está bien, pero me gustaría que fueses un poco más explícito.

—Desde luego.

Baxter habló durante algunos minutos. Colgó luego el teléfono y se volvió hacia Eunice.

—Adónde vas a ir hoy mismo, no os encontrarán, ni a ti ni al niño —aseguró.

Capítulo VI

JAY Phoenix conducía el coche con manos crispadas. Sus mandíbulas estaban contraídas por la furia que le devoraba, pero sabía que no podía hacer nada que no fuese obedecer las órdenes del individuo que había surgido tan inesperadamente en casa de Eunice Alameda. Baxter viajaba en el asiento posterior y tenía el revólver como eficaz medio de persuasión.

De pronto, a cosa de medio kilómetro, vieron una cabaña situada en lo alto de una pequeña loma, entre árboles.

—¿Es ésa? —preguntó Baxter.

—Sí…

Phoenix no mentía. Eunice le había descrito muy bien el lugar en donde dos personas sin escrúpulos tenían al pequeño Tony. Ahora era preciso llegar a la casa sin despertar las sospechas de sus ocupantes.

—Para —ordenó.

Phoenix obedeció en el acto. Antes de que pudiera darse cuenta, tenía las manos sujetas al volante por tiras de cinta adhesiva. Otra tira tapó su boca. A precaución, Baxter guardó las llaves de contacto.

Luego se apeó y caminó a pie, dando un ligero rodeo para llegar a la casa por la parte posterior. Minutos más tarde, divisó a una mujer en el patio trasero, tendiendo unas prendas de ropa.

La mujer le vio también y sonrió.

—¡Hola! —dijo.

Baxter se acercó a ella.

—Usted es Annie Rubin.

—Sí.

—Me envía Thaine.

Los ojos de la mujer, guapa, pechugona, de cara basta, se achicaron en el acto.

—La contraseña —exigió.

Baxter maldijo interiormente la falta de previsión. Sí, Thaine debía de ser un tipo precavido. Todo el que no pronunciase una contraseña debía ser considerado como un enemigo en potencia.

—Sí, claro, lo había olvidado…

En determinadas circunstancias, era preciso dejar la galantería a un lado. Disparó el puño derecho y Annie se desplomó como un fardo, justo en el momento en que un individuo asomaba a la puerta.

Era un sujeto de unos cuarenta años, medio calvo, con la nariz

muy parecida a una berenjena. Estaba en mangas de camisa y los tirantes sostenían unos pantalones llenos de arrugas.

Mickey Rubin contempló la escena y sin más, dio media vuelta y se precipitó en el interior de la casa. Baxter se lanzó en su persecución. Si tocaba al niño, lo mataría como a un perro, se prometió a sí mismo.

Pero Rubin no tenía esas intenciones, al menos por el momento. Cerró una puerta y se precipitó hacia el teléfono de pared. Consiguió descolgar el auricular y en aquel instante la cerradura de la puerta saltó hecha astillas.

Baxter se percató de las intenciones del sujeto con una simple ojeada. Entonces metió la mano derecha en el bolsillo.

El *shuriken* arrebatado a Uoto, la estrella de ocho puntas, con los bordes tan afilados como los de una navaja de afeitar, voló por los aires, girando vertiginosamente sobre su eje, para clavarse en la empapelada madera de la pared, tras cortar el hilo del teléfono, a un centímetro de la bulbosa nariz de Rubin.

Baxter sonrió, complacido. Los entrenamientos en toda clase de artes marciales orientales, que solía realizar con gran frecuencia, acababan de dar su fruto.

—¿Dónde está el niño? —preguntó.

Rubin se sentía aterrado. Con la cabeza señaló una puerta próxima.

—A… ahí…

Aunque ordinariamente no usaba armas, Baxter tenía aún el revólver de Phoenix y lo sacó a relucir.

—¡Abra! —ordenó—. Si lo toca, considérese muerto.

Rubin no se sentía con ánimos para desobedecer aquel mandato. Abrió la puerta. Tony Alameda estaba jugando en el suelo con un automóvil de carreras y levantó la cabeza al oír el ruido de la puerta.

—¿Quién es ese hombre, tío Mickey? —preguntó.

—Un amigo de mamá —sonrió Baxter—. Y~ te va a llevar, ahora mismo, muy lejos de este lugar, con tu mamá, claro.

Tony se puso en pie de un salto.

—¡Tengo ganas de estar con ella! —exclamó—. No me gustaba que sólo viniera a verme una vez por semana…

—Muy bien, ahora estarás todos los días con ella. Tony, ¿quieres salir y esperarme fuera?

—Sí, pero… ¿quién es usted?

Baxter miró al niño con ternura. Quizá Eunice era la única mujer que había despertado en él los deseos de evitar la soledad. Quizá Tony hubiera podido ser su hijo…

—Llámame tío Budd, simplemente. ¡Anda, haz lo que te he dicho!

—Sí, señor.

Bajo la vigilancia del revólver, Rubin hizo el breve equipaje del chiquillo. A continuación, Baxter le hizo salir al exterior. Annie empezaba a despertar.

—Bien, y ahora quítense las ropas, pronto.

Rubin abrió la boca.

—Oiga, usted no puede…

—¿Prefiere morir?

La boca del revólver apuntó rectamente a la frente de] sujeto quien, sin más excusas, empezó a desnudarse presurosamente. Annie, no menos asustada, obedeció, igualmente.

—Tenían secuestrado aquí al chiquillo —dijo Baxter duramente—. No hace ni una semana se ha restablecido la pena de muerte en California. Podían haber acabado en la cámara de gas, de modo que dense por contentos. ¡Retírense doscientos pasos, rápido!

Tropezando, saltando ridículamente para evitar los pedruscos del suelo, la pareja se alejó hasta la distancia prescrita. Entonces, Baxter entró en la casa, derramó el petróleo de una lata por todas partes y recogió la maleta que contenía el breve equipaje de Tony.

Desde la puerta, arrojó un fósforo encendido.

—¿Por qué pegas fuego a la casa, tío Budd? —se asombró Tony.

—Hay una enfermedad peligrosa y es preciso evitar el contagio —respondió Baxter alegremente.

—Entonces, yo también debo de estar enfermo…

Baxter se echó a reír, a la vez que empujaba a Tony hacia el sendero que se alejaba de la casa en pendiente.

—Esa enfermedad ataca solamente a las personas mayores y no a todas, por fortuna. Sólo unos pocos la contraen y…

—¿Cómo tío Mickey y tía Annie?

—Sí. Ellos se quedan aquí, hasta que llegue el médico. Ya le hemos avisado.

Tony tenía demasiados pocos años para poder explicarle la verdad con todo detalle. Cuando llegaban al automóvil, Baxter se volvió.

La casa era un mar de llamas. Dos figuras, completamente desnudas, se agitaban frenéticamente a su alrededor.

Sonrió mientras abría la portezuela del coche.

—¡Anda! —exclamó Tony—. ¿Qué hace este tipo aquí?

—Te lo explicaré más tarde —dijo Baxter.

Desde su posición, Phoenix contemplaba, impotente, el fuego que devoraba la casa. Baxter lo desató y le hizo apearse, encerrándolo luego en el maletero del coche.

—Vamos, Tony, con mamá —dijo alegremente—. Ese hombre —añadió—, era un forajido que quería secuestrarte y a quien yo he

capturado antes de que pudiera hacerte nada.

—Entonces… ¿eres policía?

—¡Psé!; algo por el estilo.

Una hora más tarde, Baxter detuvo el coche en un cruce de caminos, donde se hallaba parado un «Cadillac» de color bronce viejo. Tocó la bocina ligeramente y luego abrió la portezuela derecha.

—¡Anda, Tony, ve con mamá!

Eunice se apeaba en aquel momento. Madre e hijo se fundieron en un apretado abrazo. Baxter se acercó al otro coche.

Clarissa sonreía maliciosamente.

—¿Tuviste algo que ver en la «elaboración» de ese chico tan guapo? —preguntó.

—Hubo otro más atractivo que yo y se me anticipó —repuso Baxter—, Clarissa, gracias por ayudarme.

—Presiento que esto tiene algo que ver con el ataque de aquellos dos fulanos en la playa.

—Sí, un chantaje… con un niño de cinco años como rehén. Te veré mañana en el hotel —se despidió.

Eunice se le acercó, llevando a Tony de la mano.

—¿Cómo puedo darte las gracias, Budd? —Sus bellos ojos estaban llenos de lágrimas—. No sé qué decirte…

—No me digas nada. Yo si te diré que lo de Roy no resultará tan fácil. Pero puedes estar segura de que en la cabaña de la señora Aubry no os encontrará nadie. Debes permanecer allí hasta que yo te lo indique.

—Está, todavía, el asunto de los atracos…

—Deja que yo lo resuelva, no te preocupes. ¡Anda, ve con Clarissa!

Eunice asintió. Baxter volvió al coche. En el asiento posterior había una bolsa con una serie de prendas de ropa y una botella de whisky.

Baxter se detuvo a una milla de Salinas. Phoenix abandonó el maletero empapado de sudor y devorado por una furia demente.

—En cuanto pueda, le…

Baxter le entregó la botella.

—¡Beba! —ordenó.

—Pero ¿qué diablos?

—Beba —dijo Baxter fríamente.

Phoenix obedeció. Baxter le hizo tragar casi media botella de whisky. Luego empujó a Phoenix hasta el asiento posterior. El sujeto eructaba ruidosamente, pero, a los pocos minutos, vencido por el alcohol, se derrumbó en el asiento y empezó a roncar.

Un cuarto de hora más tarde, Baxter abandonó el coche en una calle relativamente céntrica. Tomó la referencia del lugar, caminó cien

pasos y alzó la mano para detener un taxi.

Cinco minutos más tarde, cuando ya casi era de noche, Baxter llamaba a la puerta de un edificio. Uoto salió a abrir, pero se encontró sin sentido antes de que supiera lo que ocurría. A Wilder le sucedió lo mismo diez segundos después.

Luego, Baxter se encaró con Thaine, que aparecía lleno de pánico.

—No… no me pegue más… —gimió el gordo.

—Lo haré, si no me indica dónde tiene su caja fuerte.

La grasienta cara de Thaine se tornó gris instantáneamente.

—¡Eso no…!

Baxter se acercó al individuo con el *shuriken* en la mano derecha. De repente, la estrella de ocho puntas y doce centímetros de diámetro emitió un vivísimo centelleo.

Thaine bajó la vista. La mansa de su traje aparecía rasgada desde el hombro al codo y lo mismo sucedía con la camisa. En la piel del antebrazo aparecía una finísima línea roja.

—Si esto lo hubiera hecho en su cuello, ahora estaría soltando sangre como un cerdo en el matadero —dijo Baxter—. ¡Vamos, la caja fuerte!

Thaine, espeluznado, se rindió. La caja fuerte, empotrada en la pared, era algo más grande de lo habitual. Baxter encontró en ella unos cuantos fajos de papeles y un grueso álbum, lleno de fotografías. También halló una libreta llena de nombres y direcciones.

—¡Magnífico! —dijo—. La policía va a disfrutar muchísimo con este botín.

—Pe… pero usted rio pretenderá…

—¿De veras?

Súbitamente, Baxter movió el brazo izquierdo horizontalmente, como si fuese a dar un revés al gordo. Pero el golpe iba dirigido al estómago.

Thaine se curvó agónicamente. Baxter lo dejó sin conocimiento de un seco golpe en la nuca.

Lanzó una mirada a la caja fuerte. Había un estante lleno de fajos de billetes de Banco.

Era cuanto necesitaba. Miró hacia el teléfono, pero aún no había sido reparado. Bien, llamaría desde una cabina pública.

Una hora más tarde, entraba en el hotel. Duke Murphy le salió al paso.

—¿Cómo está, señor Baxter? —saludó, cortés—. ¿Ha visto a Clarissa?

—No, acabo de llegar de San Francisco. ¿Sucede algo?

Murphy sonrió.

—Pensaba invitarla a cenar… si no tiene usted inconveniente, claro —explicó.

—¡Oh, por Dios! Clarissa es absolutamente libre, amigo mío. ¿No estará en su habitación?

—No, lo he comprobado…

—Bueno, a veces, Clarissa resulta una mujer imprevisible. Pero eso es lo bonito en las mujeres hermosas: su imprevisión, ¿no le parece?

«James Franciscus» sonrió ampliamente.

—Sí, es cierto, señor Baxter —convino.

—Llámeme Budd y yo le llamaré Duke. ¿Una copita?

—Se acepta, Budd.

Mientras se encaminaban al bar, Baxter volvió a percibir aquel aroma que tanto parecía gustarle a Murphy Parecía muy aficionado a la loción «Phenice», se dijo.

Capítulo VII

—ESTÁ perfectamente instalada y nadie lo sabe —dijo Clarissa al día siguiente, una vez más en la playa solitaria a la que solían acudir.

—Te doy las gracias muy sinceramente y nunca lo olvidaré. Si un día te ves en un apuro, llámame; acudiré en el acto, estés donde estés.

—Gracias, pero me gustaría que me pagases con el relato de lo que sucede. Yo te he ayudado sin hacer demasiadas preguntas…

—¿Serás discreta?

Clarissa alzó la mano.

—Te lo prometo —dijo solemnemente.

Baxter empezó a hablar. Ella le escuchó en silencio, con los ojos muy abiertos. Cuando terminó, dijo:

—Es la historia más fantástica que he oído en los días de mi vida.

—Pero absolutamente real, herniosa.

—Aguarda un momento. Hay algo que todavía no cabe en mi mente… Claro que quizá pienses que tengo el cerebro de un gorrión…

—Supiste derrotar a Thaine en una ocasión. Eso prueba que eres más inteligente de lo que muchos puedan creer…

—Tú sí que lo has derrotado definitivamente. La policía encontró su casa atiborrada de material, cartas y documentos comprometedores, con los que hacía chantaje; un álbum con más de quinientas fotografías… y sesenta y pico mil dólares… Encontraron también a un tipo, borracho, en su automóvil… y había un saco con las ropas que usó la atracadora solitaria en las dos ocasiones… Los periódicos dicen que Jay Phoenix se disfrazaba de mujer…

Baxter sonrió, maliciosamente, mientras encendía un cigarrillo, que Clarissa le arrebató de inmediato.

—Phoenix daba el tipo —dijo—. No sé cómo se me ocurrió la idea, pero, de este modo, Eunice queda libre de toda sospecha. No robó por su voluntad, pero es mejor evitar conflictos.

—Sí, es verdad.

—Quizá la acusen ahora, pero no les creerán. Si le preguntasen algo, diría que lleva meses en la cabaña de Fresno, que tú le prestaste…

—Yo diré lo mismo, Budd. Pero volvamos a lo anterior. ¿Por qué le obligaban a hacer eso?

—Está bien claro. Nadie cree que Roy no se guardase los setecientos mil dólares. Thaine obligó a Eunice a atracar un par de

Bancos. Con esto, ya tema un arma para forzar a Roy a que le dijese dónde había escondido la pasta. Es preciso admitir que fue un plan magníficamente elaborado y mejor ejecutado, pero se les fue al diablo.

—Porque tú supiste reconocerla —dijo Clarissa.

—Casi lo presentí. El tipo resultaba Inconfundible y la cara, aun con gafas de color, es inolvidable para el que la ha visto una vez.

—Vamos, no me digas, ahora, que aún sigues enamorado de ella…

—No, porque las penas de amor se pasan con los años, pero, hasta ahora, es la única mujer que hubiera podido evitar mi soltería.

Clarissa suspiró hondamente.

—A mí también me gustaría inspirar un amor semejante —dijo—. Pero no he podido conseguirlo…

—No desesperes —sonrió él—. Pero el asunto sigue preocupándome, A Roy lo encerraron injustamente. Todas las pruebas estaban contra él, perfectamente amañadas. Y eso lo demuestra la muerte de Harry Bane.

Clarissa conocía el suceso y asintió.

—¿Tienes algún plan? —preguntó.

—Debo hablar con los dos socios de la empresa. Quieto conocerlos personalmente y establecer mis propias conclusiones, después de cada entrevista.

—Eso significa Que piensas ir a San Francisco.

—Mañana.

—Te daré la dirección de un buen abogado; puede que el mejor. Llevaba los asuntos legales de mi padre y resolvió a su favor un par de pleitos muy complicados, en los que, aparentemente, la razón estaba de la otra parte. Esa entrevista te ayudará mucho.

—¡Gracias, hermosa! —Baxter le miró sonriendo—. Tú no te quejes —añadió—; en el hotel hay un enamorado tuyo, que no duerme pensando en ti…

—¿Duke? —Clarissa hizo un gesto desdeñoso—. Es guapísimo, pero no… Bueno, no quiero entrar en detalles intimes. Hablemos, mejor, de nosotros mismos. —Hizo un signo con el índice curvado—. Ven, acércate más…

Clarissa estaba sentada sobre sus talones y sonreía inequívocamente. Baxter estaba, también, arrodillado, y se inclinó hacia adelante para besarla. En el mismo instante, ovó un ligero silbido.

La arena voló a unos pasos de distancia. Baxter comprendió inmediatamente lo que sucedía y empujó a la joven a un lado.

—¡Budd! ¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

A muy poca distancia, había un ligero caballón, provocado por el oleaje. Budd rodó velozmente, sin soltar a Clarissa, hasta caer al otro

lado. Ella, muy furiosa, se soltó y quiso levantarse, pero Baxter la agarró por un brazo sin consideraciones y la hizo tenderse de nuevo.

—¡Quieta! ¡Nos disparan con un rifle!

El miedo se asomó a los ojos de la joven.

—¿E…es cierto? —tartamudeó.

Baxter se tendió con los pies hacia el mar. Muy lentamente, sacó los ojos por encima del parapeto y escrutó los alrededores.

La playa acababa a unos sesenta metros. Había un larguísimo murallón de grandes rocas, que servía para contener el terreno sobre el que se asentaba la carretera, en la que se veía una circulación de vehículos relativamente intensa. No, el tirador no podía estar allí, se dijo inmediatamente.

Al otro lado de la carretera había un talud, cubierto en parte de maleza, que se elevaba a unos treinta metros. El talud terminaba en lo que desde la playa parecía una zona llana. Recortándose contra el cielo nítidamente, Baxter divisó un automóvil, a poco más de ciento veinte metros.

La silueta de un hombre apareció, de pronto, con un maletín en la mano. Subió al coche, arrancó y abandonó el lugar rápidamente.

Baxter se puso en pie.

—El peligro ha pasado —dijo.

En los ojos de Clarissa se reflejaba todavía el terror. Su pelo estaba lleno de arena y también había buena parte de arena en su piel dorada.

—No… no entiendo por qué han querido matarme…

—No disparaban contra ti, querida.

—¡Oh! Ese tipo… intentó asesinarte…

—Sí.

—Pero… ¿quién puede desear tu muerte?

Baxter emitió una melancólica sonrisa.

—Alguien que no tiene el menor interés en que Alameda salga de San Quintín —respondió.

—¿Lo conoces?

Los párpados de Baxter se entrecerraron. De pronto, recordó una brillante sonrisa, un tenue aroma de loción varonil…

—No; será un asesino pagado —contestó, con aire indiferente—. Pero ya no corremos peligro. Date un baño para quitarte la arena; volveremos al hotel enseguida.

Clarissa alargó una mano, todavía temblorosa.

—Ven tú conmigo. Sola… no me atrevo —dijo.

* * *

Clarissa estaba tomando una copa en el bar con Duke Murphy. Baxter dijo que iba a hacer una llamada de larga distancia a Nueva York y se separó de la pareja durante unos minutos.

Cenaron los tres juntos. Duke dijo a Baxter que le envidiaba. Había conseguido lo que él intentó en numerosas ocasiones, fracasando siempre; conquistar el corazón de la bella Clarissa. Clarissa respondió que Duke era un exagerado y que las cosas resultaban al revés: era ella quien intentaba conquistar a Baxter sin el menor resultado práctico hasta el momento. Fue una velada muy agradable, después de la cual, y tras un rato de sobremesa, se retiraron a sus respectivas habitaciones.

Baxter llegó a la suya y se quitó la chaqueta blanca y el lazo negro. Fue al baño y tomó algo, que hizo saltar en la palma de la mano pensativamente.

Al cabo de unos instantes, apagó todas las luces. Su habitación, como todas las de aquella ala del hotel, disponía de una amplia terraza, con plantas de adorno, separada de las contiguas por una mampara de vidrio translúcido. Pero no eran las terrazas vecinas las que le preocupaban, sino las del piso inmediatamente superior.

El parapeto de la terraza consistía en una barandilla, en parte metálica, que sustentaba varias placas de vidrio igualmente translúcido. Tenía un pasamanos de madera clara, barnizada, muy grueso. Baxter sonrió, mientras empezaba a frotar con la pastilla de jabón de baño toda la longitud del pasamanos.

Al terminar su labor, se acostó.

Transcurrieron algunas horas. Baxter se había dormido ya, pero despertó, alertado por un leve ruidito. Tendido en la cama, miró hacia la terraza.

Un hombre, vestido de negro, se descolgaba de la terraza superior. Estaba sujetándose con las manos todavía, mientras las puntas de sus pies tanteaban el apoyo del pasamanos.

Al fin, encontró el punto de apoyo y, sin soltarse todavía, dejó descansar todo su peso sobre el pasamanos. Pero entonces ocurrió lo inevitable.

La madera estaba terriblemente resbaladiza. Los pies del individuo patinaron. Se oyó un grito. Luego, un segundo después, llegó hasta arriba el estruendo de un cuerpo que chocaba contra el suelo.

Alguien emitió un quejumbroso lamento. Baxter sonrió para sí, mientras daba media vuelta en la cama.

El lamento se repitió. De pronto, se oyeron voces de alarma.

Cuando todo el jaleo hubo pasado, aún de noche,

Baxter se levantó y limpió cuidadosamente el jabón del pasamanos.

Por la mañana, al bajar al *hall*, Crane, el recepcionista, le dio una

noticia:

—¿No conoce lo ocurrido? El señor Murphy se ha caído desde la terraza de su habitación… Lo han llevado al Hospital General en gravísimo estado… Antes de perder el conocimiento, declaró que se había levantado un rato, porque no tenía sueño… y que, al hallarse junto al parapeto de la terraza, le dio un vahído… Un suceso lamentable, créame, señor Baxter.

—No me cabe la menor duda, y le aseguro que lo deploro infinito. Pero no he oído nada; claro que tengo un sueño muy pesado… Imagino que también la señora Aubry se sentirá muy afectada cuando conozca la noticia.

—Sí, eso pienso yo también, señor Baxter.

Crane no captó la maquiavélica sonrisa que había aparecido en los labios de Baxter, quien, a continuación, se dirigió al estacionamiento del hotel, en donde no tardó mucho en encontrar el automóvil de Murphy.

Media hora más tarde, regresó a la terraza situada junto a la gran piscina, en la que ya se bañaban algunos madrugadores. Pidió una taza de café al camarero y encendió un cigarrillo.

Clarissa apareció poco después. Vestía una bata afelpada, corta, debajo de la cual llevaba el traje de baño. Baxter apreció que estaba sumamente agitada.

—Conoces la noticia, creo —dijo ella.

—Sí. Y más vale que Duke se haya roto unos cuantos huesos; con lo que así yo estoy, vivito y coleando, a tu lado.

—No entiendo…

—Cariño, Murphy es un asesino profesional.

Clarissa se quedó sin habla, blanca como el yeso.

—No… no puedo creerlo…

—Murphy es el tipo que me disparó ayer cuando estábamos en la playa. Usa un fusil de largo alcance y gran precisión, con mira telescópica y silenciador. A trescientos metros, podría cortar en dos a un saltamontes.

—¡Horrible! —dijo Clarissa—. Nunca me imaginé tener por amigo a un asesino profesional… ¿Cómo lo supiste?

—«Phenice» —contestó él—. Después de haber hablado con Bane, yo me encontré en el pasillo de su casa con un joven apuesto y simpático, que olía muy bien. Guardé la memoria del perfume, porque no lo había percibido antes. Anoche, cuando dije que iba a llamar por teléfono a Nueva York, lo que hice, en realidad, fue enterarme del número de la habitación de Duke. Aquel mismo día, se había cambiado por la tarde, tomando la que estaba situada directamente sobre la mía.

—Entonces, le aguardaste despierto y lo lanzaste…

—No, ni le toqué siquiera. Simplemente, embadurné bien de jabón la madera del pasamanos.

Clarissa oyó, pasmada, la explicación que del suceso le daba Baxter.

—Casi dan ganas de reír… si no fuese porque pudiste haber muerto —dijo.

—Sí, y ahora comprenderás por qué Duke no llegó nunca a… Bueno, quería conquistarte, pero, en el último minuto, parecía fracasar, ¿no es así?

—Exactamente. Nunca lo comprendí. Un hombre tan apuesto y tan viril, y que no parecía, además, un homosexual… Resulta inexplicable, ¿no te parece?

—Todo lo contrario, es perfectamente explicable. Duke es un asesino profesional, frío, eficiente, que cobra precios muy altos o no se alojaría en hoteles como éste. Está dedicado por entero a su profesión y eso no deja mucho tiempo para pensar en otras cosas. Tiene que cumplir sus contratos y hacerlo con la mayor discreción posible, para no dejar el menor rastro. Posiblemente, es un psicópata, aunque él mismo no lo sepa. Quien mata por dinero, en el fondo es un enfermo mental. Cada vez que se acercaba a ti, fracasaba… porque no podía concentrarse en otra tarea que no fuese la de matar, aunque en esos momentos no tuviese ningún contrato a la vista. Pero había cometido otros crímenes y un tipo así, por muy frío y desalmado que sea, no deja de tener ciertos remordimientos… no por haber asesinado a personas, sino por el temor de haber cometido un fallo que acabe poniéndolo en manos de la ley. Ganaba mucho dinero, pero, en el fondo, no lo disfrutaba plenamente.

—Ahora lo entiendo —sonrió Clarissa.

—En el jardín del hotel he encontrado esta mañana, entre unos arbustos, un revólver de cañón corto, con silenciador. Duke debió de arrojarlo para que no se lo encontrasen encima cuando lo recogiesen. Así, el vahído que provocó su caída desde la cuarta planta, resulta una excusa plausible.

—Ya. Y ¿qué piensas hacer ahora?

Baxter sonrió.

—Voy a visitarle y le llevaré un ramo de flores. ¿Quieres acompañarme, hermosa?

—Tendré que cambiarme de ropa…

—Ve a cambiarte, pero no te entretengas demasiado.

Capítulo VIII

MURPHY estaba debajo de una campana de oxígeno, con un par de tubos que iban a los brazos. La enfermera dijo a los visitantes que les concedía solamente Un par de minutos.

—Será suficiente —prometió Baxter.

Murphy había recobrado el conocimiento y miró a Baxter y a Clarissa con ojos llenos de extrañeza. Baxter apoyó la mano en la llave del balón de oxígeno.

—No voy a perder el tiempo en preguntas inútiles —dijo fríamente —. Ayer, por dos veces, intentó usted asesinarme. He encontrado el revólver, pero está en el mismo sitio. En el maletero de su coche tiene una bolsa, con un fusil despiezado. Podrá engañar a otros, pero no a mí, Duke. Tiene exactamente cinco segundos para decidirse. ¿Ha visto dónde está mi mano?

Los ojos de Murphy miraron agónicamente hacia la llave del oxígeno. Haciendo un gran esfuerzo, movió un poco la mano derecha.

Baxter alzó levemente la tienda transparente. Murphy, con voz muy débil, dijo:

—Hoyt… San Francisco…

—Está bien.

Baxter colocó la tienda en orden y asió el brazo de Clarissa. Sin volver la cabeza una sola vez, se dirigió hacia la puerta.

La enfermera llegaba en aquel momento, con una pequeña bandeja en las manos.

—Voy a ponerle una inyección sedante… —sonrió.

—Sí, debe de sufrir mucho —convino Baxter—. Mil gracias, enfermera.

Cuando bajaban en el ascensor, Clarissa hizo una pregunta a su acompañante:

—Budd, ¿qué piensas hacer ahora?

—Una llamada anónima, indicando dónde están el revólver y el fusil de Murphy. Así lo quitaremos de la circulación para una treintena de años.

Clarissa se estremeció.

—¡Horrible! —murmuró.

—Dile eso a los familiares de los asesinados por Duke.

Clarissa guardó silencio. Baxter tenía razón.

Arriba, en la planta donde se encontraba Murphy, la enfermera

salió del cuarto, tras haberse cerciorado de que la inyección de sedante había hecho efecto. A los pocos momentos, un hombre, con lentes de color y gran bigote negro, entró en el cuarto.

Murphy estaba profundamente dormido. El hombre se acercó al balón de oxígeno y cerró la espita. Con un pañuelo, limpió cuidadosamente la llave. Hizo lo mismo con el pomo de la puerta y se alejó con aire perfectamente natural.

—Entonces, ¿vas a San Francisco? —dijo Clarissa, cuando ya estaban en el hotel.

—Inmediatamente, ya no puedo perder más tiempo. Siento tener que abandonarte, pero…

—El abogado que te mencioné se llama Winston K. Burgeon y vive en el seiscientos diez de la calle Montgomery —indicó Clarissa. Le entregó unas llaves—. Usa mi coche… pero vuelve.

—Sí, querida.

* * *

Burgeon estaba ausente de la ciudad. Baxter fue informado por la secretaria de que el abogado había ido a Sacramento, para un asunto de importancia, que debía tratar con un senador del estado de California, lo que le haría permanecer dos días en la capital. Baxter maldijo el contratiempo, pero no quería empezar a actuar, sin antes conocer la opinión de un verdadero experto.

Al segundo día de su estancia en San Francisco, recibió una llamada telefónica en el hotel donde se hospedaba.

—¿Señor Baxter?

—¿Sí?

—Escuche… Sé que está interesado en el caso Alameda…

—Hombre, sí que corren pronto las noticias en la ciudad —rió Baxter.

—Yo era muy amigo de Roy. Me llamo Zack Kruger… Le visité hace pocos días y me dijo que usted iba a tratar de ayudarle… He estado llamando a todos los hoteles, hasta dar con usted…

—¡Oh, magnífico! Y, dígame, señor Kruger, ¿qué es lo que sabe usted?

—Por teléfono no se lo puedo decir. Creo… que me vigilan, ¿sabe? Se lo ruego, venga a verme al Red Orient Gymnasium, a eso de las ocho de la noche. No hay mucha gente a esas horas; a veces, incluso, el gimnasio está vacío… Calle Misión, trescientos cincuenta y nueve, señor Baxter.

—Muy bien, señor Kruger; seré puntual.

Baxter colgó el teléfono.

¿Una trampa?

Le extrañaba mucho que Roy hubiese confiado a alguien que había un hombre dispuesto a ayudarle a salir de San Quintín. Pero todo podía ser, pensó.

A las ocho en punto, se apeaba de un taxi en la puerta del gimnasio. Era un edificio más bien corriente, aunque el rótulo que señalaba el local había sido realizado de un modo detonante y pretensioso.

Subió al primer piso y empujó una puerta de doble hoja, de vaivén, con sendas ventanas ovales. A la derecha vio una especie de oficina, vacía en aquellos momentos.

Frente a la entrada y en el remate de una escalera de tres peldaños, divisó una segunda puerta, con un rótulo en el dintel: «Gimnasio».

Lentamente, subió los peldaños y abrió la puerta. En el gimnasio, vasto, espacioso, con toda clase de aparatos y un par de *tatamis* para las luchas orientales, había solamente un par de lámparas encendidas, lo que dejaba el lugar sumido en una suave penumbra.

Al fondo había una lucecita roja, encendida sobre una puerta, que daba, según el indicador, a los lavabos y duchas. Frente a la misma estaba la puerta que conducía a la sala de masaje.

El «click» de un reloj digital de pared sonó cuando los números se situaron en las ocho y un minuto. Luego sobrevino el silencio total.

Avanzó unos cuantos metros. De pronto, oyó un leve chasquido y se volvió, en el momento en que se encendían todas las luces del gimnasio.

Había un hombre frente a él, bajo, membrudo, vestido con pantalones y *pullover* de cuello alto. Sonreía.

—¿Zack?

—¿Señor Baxter?

—En efecto.

Los dos hombres se contemplaron unos instantes. Kruger tenía las manos a la espalda.

—Roy no le ha hablado de mí —dijo Baxter.

—No, no me ha hablado —sonrió Kruger.

—¿Y bien?

—Voy a matarle.

—Por un alto precio.

—Y por el placer de derrotar a quien derrotó a Jackie Uoto. Siempre creí que Jackie sería invencible. Por lo visto, estaba equivocado.

—¿Se considera usted invencible?

—Un poco más precavido que Jackie, señor Baxter.

—Zack, supongo que será inútil preguntarle quién le paga por mi muerte.

—Sí, es inútil.

Baxter trató de adivinar qué tenía Kruger a la espalda. ¿Un lazo? ¿Un *kusarigama,* la guadaña de hoja y mango cortos? ¿Un *shuko,* la manopla con púas de acero? ¿El *nunchaku,* los dos bastones cortos unidos por una fina, pero sólida cadena o bien una correa?

De pronto, Kruger movió la mano derecha e hizo voltear algo sobre su cabeza. Un *shuriken,* esta vez en forma de estrella de cuatro puntas, ligeramente curvadas al modo de la cruz gamada, partió, silbando por el aire, en busca de una yugular humana.

Baxter se ladeó hacia su derecha. El *shuriken* silbó junto a su hombro izquierdo y acabó clavándose en un potro de saltos.

Pero aquella acción no era sino una finta, destinada a distraer la atención de la presunta víctima. Apenas un segundo después, Kruger sacó el verdadero instrumento de su acción ofensiva: el *nunchaku.*

Se cambió rápidamente el arma de una mano, a la otra. Uno de los dos bastones volteó sobre su cabeza. Amagó un golpe al cuello, pero buscó, realmente, el brazo izquierdo de Baxter.

El bastón encontró el vacío. De haber alcanzado su destino, el hueso del brazo se habría partido como una caña seca.

Kruger repitió el golpe, ahora con deliberada lentitud. Dejó que Baxter se apoderase del bastón y entonces saltó hacia adelante las dos rodillas muy juntas y los pies a un metro del suelo.

Baxter recibió el impacto en pleno pecho y sintió que le crujía la caja torácica. El aire escapó instantáneamente de sus pulmones y cayó de espaldas. Sí, era preciso reconocer que Kruger era tremendamente hábil.

La correa que unía los dos bastones se ciñó en torno a su cuello. Arrodillado sobre él, Kruger asió los bastones con ambas manos, separadas un tanto. Sonreía perfectamente. Baxter adivinó su intención. Ahora, un seco tirón, extendiendo los brazos musculosos… y la estrangulación sobrevendría instantáneamente.

De pronto, alguien tocó en el hombro de Kruger. Este volvió la cabeza en el acto, asombradísimo por la presencia de otra persona en el gimnasio. En el mismo momento, la puntera de un zapato le golpeó furiosamente en la mandíbula.

Kruger lanzó un rugido y cayó de lado. Baxter aprovechó para dar una vuelta sobre sí mismo y ponerse en pie de un salto. Vagamente, divisó a una mujer, pero no quería distraer su atención.

Kruger era un tipo muy duro y se levantó de nuevo, con gran rapidez. Pero ya había perdido la iniciativa.

Dos manos, con el filo, golpearon simultáneamente sus costados.

La boca de Kruger se abrió en una mueca de insufrible agonía. Vaciló a un lado y a otro y, antes de que se repusiera, una mano le asió por los cabellos. Un codo golpeó sus labios, partiéndoselos sanguinolentamente.

Kruger cayó de rodillas.

—¿Quién te ha pagado por matarme? —preguntó Baxter.

—No… sé su nombre… Es grueso, calvo, con lentes de oro… doble papada…

Baxter alzó la rodilla. Kruger cayó a un lado, sin sentido.

Entonces se volvió. La mujer estaba a unos pasos de distancia, contemplándole serenamente. Era una chica muy alta, fina, sumamente esbelta, de suaves cabellos castaños y ojos grises.

—Me llamo Ellie May Hume —dijo.

—Gracias, Ellie May —sonrió Baxter.

—Vine a buscar a la chica de la oficina, pero se había ido ya. Somos muy amigas y… Me pareció oír ruidos en el gimnasio y me asomé para ver qué sucedía. Entonces, les vi a ustedes dos

—Ellie May, ha llegado usted muy oportunamente. Me llamo Budd Baxter y deseo recompensar su ayuda, mediante una cena en el lugar que elija.

La chica sonrió encantadoramente.

—Conozco un restaurante en el puerto, donde sirven un marisco delicioso y una merluza a la española que no tiene igual en ninguna parte del mundo. Se llama The Magic Fisherman y…

—Si sirven tan buen pescado, no me cabe duda: el título está muy acertado. El Mago Pescador, ¿no?

—Exactamente.

Baxter se posesionó del brazo de Ellie May.

—Vamos —dijo.

—¿Por qué quería matarle ese tipo? —preguntó la chica.

—Me encontró hace tiempo con su mujer —respondió Baxter, desenvueltamente. Ellie May le miró de soslayo y se echó a reír.

—Mientes maravillosamente —dijo.

Salieron del gimnasio. Ellie May dijo que tenía su coche muy cerca. En el gimnasio, Kruger empezaba a recobrar el conocimiento.

Cuando se sintió un poco mejor, fue a los aseos y se lavó la cara, contemplándose, furioso, al espejo. Tenía los labios partidos y un diente se movía más de lo debido en su alvéolo.

Al cabo de un rato, abandonó los lavabos. Entonces fue cuando vio al hombre parado en el centro del gimnasio.

—¡Hola! —dijo el hombre.

—No ha podido ser —refunfuñó Kruger—. Lo siento, alguien le

ayudó…

—Usted dijo que podía vencerlo con el meñique, solamente.

Kruger se encogió de hombros.

—Las cosas no salen siempre bien como uno desea —contestó malhumoradamente.

—Yo procuraré que a mí, sí me salgan bien.

De pronto, el hombre sacó la mano de la espalda, donde la había tenido oculta, hasta aquel momento. Kruger vio el revólver con el silenciador y se puso lívido.

—Oiga, no…

—Sí —dijo el hombre con terrible frialdad.

Disparó una vez. En el *pullover* de Kruger apareció un agujerito encarnado. Kruger dio un paso hacia atrás, con los ojos dilatados por el pánico.

El segundo proyectil le alcanzó bajo el pómulo izquierdo. Kruger giró en redondo y se desplomó de bruces, estrellándose contra el suelo. Sus pies repiquetearon unos instantes contra el pavimento. Luego, aquel macabro sonido se extinguió.

Tranquilamente, el hombre dio media vuelta y abandonó ti silencioso y solitario gimnasio.

Capítulo IX

BAXTER leía el *San Francisco Examiner* con gran atención. Su atención estaba centrada en la página de sucesos, lo que le hacía fruncir el ceño casi constantemente.

En Salinas, había muerto un asesino profesional, llamado Duke Murphy. La policía, avisada por una llamada anónima, habrá encontrado las «herramientas» de trabajo del asesino, fallecido a causa de la falta de oxígeno en el hospital donde se encontraba, después de una caída que le había producido graves lesiones.

Alguien había ejecutado lo que él se había limitado a insinuar, pensó Baxter. Pero Hoyt, o quienquiera que hubiera sido, habían llegado tarde.

Kruger también había muerto de dos balazos. El caso Kruger se suponía el resultado de un posible «ajuste de cuentas». Baxter no creía en aquella versión.

Hoyt contrataba asesinos, pero luego tenía que matarlos él mismo.

—Podía haberse ahorrado el dinero gastado —comentó, burlonamente.

En aquel momento, se abrió una puerta. La secretaria de Burgeon le miró desde el umbral.

—Pase, por favor, señor Baxter.

Winston K. Burgeon era un menudo caballero, de pelo blanco y barbita en punta, ataviado con exquisita meticulosidad. Bastaba ver su despacho, para conocer el importe de las minutas que debía cobrar a sus clientes. No, no podía ser un abogado barato… pero si era bueno, sus honorarios a la larga, compensarían sobradamente el gasto con la victoria en el pleito.

—De modo que viene recomendado a mí, por Clarissa Aubry —dijo Burgeon, tras las oportunas presentaciones.

—En efecto —sonrió Baxter.

—Una buena chica, aunque algo alocada. Claro que lo de chica… Ya no cumplirá los veintiocho años…

Baxter se dijo que había muy pocos que hubieran sabido conocer verdaderamente a Clarissa, el tipo clásico de la rubia hermosa, pero tonta… Sin embargo, la forma en que había sabido derrotar a Thaine, dos años antes, desmentía por completo aquella opinión.

—Sí, quizá —convino cortésmente—. Pero tiene un corazón de oro.

—Eso no se le puede negar —admitió Burgeon—. Y bien, señor

Baxter, ¿cuál es su problema?

—Roy T. Alameda.

Burgeon se puso serio en el acto.

—Seguí atentamente el proceso. Los señores Hoyt y Calder fueron clientes míos, en tiempos. Las pruebas del desfalco son irrebatibles, señor Baxter.

—Abogado, conozco bien a Roy. En este mundo, nadie es perfecto, y puede que mi amigo cometiera ese delito. Sin embargo, yo me inclino a creer que es la víctima de una conspiración.

—¿En qué funda usted sus presunciones? ¿Sólo en la amistad y la declaración de inocencia del señor Alameda? Muchacho, soy perro viejo y conozco al dedillo todos los trucos legales. No se fraguaron las pruebas, créame.

—Pienso exactamente lo contrario, señor Burgeon. O, por ejemplo, Harry Bane, el empleado que fue uno de los principales testigos de cargo, no habría sido asesinado.

—Se suicidó.

—Esa fue la declaración oficial de la policía. Pero yo había estado hablando con él, minutos antes de su muerte, y me dio la sensación de ser un hombre lleno de temores y aprensiones. Virtualmente, admitió haber colaborado en el plan destinado a fraguar las pruebas que condenaron a mi amigo. En realidad, dijo que no quería hablar porque iría a la cárcel… en el supuesto de que pudiese llegar vivo a la primera comisaría de policía. Cinco minutos más tarde, yacía defenestrado sobre el asfalto.

—Es decir, alguien lo mató.

—Un asesino profesional, llamado Duke Murphy, asesinado, a su vez, en el día de ayer.

Baxter explicó al abogado todo lo que sabía. Burgeon asentía con leves movimientos de cabeza.

—Voy a hacer una cosa, señor Baxter —dijo, por fin, el abogado—. Tengo cierta reputación… y buenos amigos en la judicatura. Pediré que me dejen examinar detenidamente las actas del proceso. Quizá yo encuentre un fallo, que permita salir a su amigo, bajo fianza, monetaria o personal, hasta la total revisión del proceso. Leer en la prensa que las pruebas son irrebatibles, incluso conversar a veces con el fiscal del caso, no es lo mismo que examinar a fondo todos los documentos del proceso.

Baxter sonrió, complacido.

—Clarissa no me ha decepcionado al enviarme a usted, señor Burgeon. Pero, aunque más joven, habrá de permitirme un consejo: sea discreto. Hay gente a la que interesa que Roy siga en prisión y, para conseguirlo, no han vacilado en llegar al crimen.

—Lo tendré en cuenta, prometió el abogado.

Baxter salió del despacho mucho más confortado. Ahora, se dijo, venía el turno de las entrevistas con los dos socios de la empresa a la cual había traicionado Roy… oficialmente.

* * *

Phineas Hoyt respondía exactamente a la descripción que Kruger había dado. Cuando Baxter le anunció sus propósitos, la frente y la calva de Hoyt se cubrieron instantáneamente de finísimas gotas de humedad.

Sin embargo, se echó a reír burlonamente. Pero era una risa ficticia, impregnada de una buena dosis de nerviosismo.

—Roy inocente… Usted está de broma, señor Baxter —dijo.

—La broma, y muy pesada, ha sido para mi amigo —contestó el joven, impasiblemente—. Resultaría curioso averiguar la marcha de las finanzas de esta sociedad. Puede que obtuviésemos resultados muy sorprendentes.

Hoyt movió la mano regordeta, como si abanicase el aire.

—Vea el patio de carga: está rebosante de actividad. Nuestros camiones se mueven constantemente —dijo—. Los empleados están contentos; pagamos altos salarios…

—Eso no es todo. Una empresa puede ofrecer la viva estampa de la prosperidad y, sin embargo, estar entrampada hasta el último neumático.

—Consulte nuestros libros…

—Después de lo que le ocurrió a Roy, confío en sus libros menos de lo que un cordero confiaría en un tigre hambriento —dijo Baxter, críticamente. Se puso en pie—. Todo fue una trampa, cuidadosamente planeada y mejor realizada. Pero destaparé el pastel, créame.

Se fue hacia la puerta, pero, antes de salir, giró un poco la cabeza, sonriendo afablemente.

—Por cierto, ¿conoce usted a un tipo llamado Zack Kruger?

La cara redonda de Hoyt se puso del color de la ceniza.

—No sé de quién me está hablando —dijo, heladamente.

—Lea la sección de sucesos de los periódicos. Encontrará un relato muy interesante… dos, para ser buen matemático.

Baxter abandonó el despacho, sin que Hoyt hubiese replicado una sola palabra. Desde la puerta, contempló el incesante movimiento del patio de carga y descarga de mercancías. Sí, era una empresa en plena actividad… pero también podía suceder que hubiese pasado a manos extrañas, interesadas en ocultar su verdadera identidad.

El otro socio, Doug Calder, tenía un despacho en la ciudad. Baxter

se hizo anunciar a Calder, media hora más tarde.

Una atractiva secretaria le hizo pasar al despacho, casi en el acto. Al entrar, vio a un hombre, sentado en un sillón giratorio, cuyo respaldo estaba un tanto inclinado. El hombre aparecía de espaldas a la puerta, mientras hablaba por teléfono, a la vez que contemplaba el panorama del puente sobre la bahía, desde el magnífico punto de observación que era el ventanal de la estancia.

Baxter se quedó parado un instante. Doug Calder dijo:

—Sí, está muy bien… Me doy por enterado. No se preocupe, todo marchará satisfactoriamente. Si ha despedido a aquel empleado por ineficiencia, tomaremos otro más capaz… ¡Bueno, hasta la vista…!

El teléfono volvió a su sitio. Calder giró en su asiento y contempló, sonriendo, a su visitante.

—Baxter —dijo.

—Sí.

—Hoyt me ha anunciado su visita.

—¡Lo celebro tantísimo!

Calder meneó la cabeza.

—Pobre Roy… Yo le apreciaba muchísimo. Pero ¿qué quería que hiciésemos? No fueron unos cientos de dólares para pagar la cuenta de un médico, si no casi novecientos mil. Compréndalo, la empresa sufrió un duro golpe del que todavía no nos hemos repuesto.

—Me lo imagino —sonrió Baxter—. Sin embargo, insisto en la inocencia de Roy…

—Mire, amigo mío, a mí me gusta arreglar las cosas lo más pacíficamente posible. Setecientos mil dólares no han aparecido. Roy sabe dónde están. Vaya a San Quintín, persuádale para que devuelva ese dinero y le juro que haremos todo lo posible para que salga cuanto antes. Pero una cosa es segura: aunque sólo cumpla el mínimo de su condena, esto es, los diez años prescritos en la sentencia, puede tener la seguridad de que jamás disfrutará de ese dinero.

—Esa es una pregunta que le haría con muchísimo gusto a Roy, si no estuviese plenamente convencido de su inocencia —contestó Baxter, sin pestañear—. Pero lo cierto es que alguien fraguó las pruebas que lo enviaron a San Quintín y que yo encontraré a esa persona. Lamento tener que contradecirle, pero no puedo pensar de otra manera.

—Admiro sinceramente su sentimiento de la lealtad.

Sin embargo, los hechos son como son y no como nos gustaría que fueran, señor Baxter.

—Una frase que tendré muy en cuenta, señor Calder.

El.visitante se dirigió hacia la puerta.

—Baxter…

—¿Sí?

Los ojos de Calder eran azules, fríos, a pesar de que sonreía amablemente,

—Lo que hace… ¿lo hace por Roy o por su esposa? —preguntó, insultantemente —Si la señora Alameda me interesara como algo más que la honesta esposa de un buen amigo, el señor Alameda se pudriría en San Quintín.

—¡Oh, una respuesta muy acertada! Dispense la pregunta.

—Está dispensada, Calder. Pero ¿no podría yo preguntarle lo mismo?

Calder se echó a reír.

—Puede, pero recibirá una respuesta negativa. En nuestra empresa hay mujeres muy guapas, casadas o no. Tengo como norma no buscar, jamás, romances con ninguna" de mis empleadas, 3' es una norma que respeto tajantemente. Es más, y aunque no quiero parecer presuntuoso, cuando alguna de las empleadas se me insinúa, la despido en el acto. Los negocios a un lado y el amor a otro. Bueno —añadió, con otra carcajada—, el amor… o lo que sea.

—Muy elogiable —se despidió Baxter.

El resto de la tarde, se 1Q pasó en su habitación del hotel, prácticamente sumido en hondas meditaciones. Al hacerse de noche, sonó el teléfono.

Era Burgeon.

—Mañana me dejarán las actas del proceso —anunció, satisfecho.

—Estupendo.

—Señor Baxter, hay algo que omitió usted preguntarme ayer, en la entrevista que sostuvimos. Creo conveniente que lo sepa, puesto que hubo un tiempo en que existió relación entre la Golden Gate y yo.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Dejaron de ser mis clientes, porque el señor Calder se graduó en Derecho y juzgaron conveniente ahorrarse los honorarios de un abogado,

—Comprendo. Pero eso debió de suceder hace muchos años.

—¡Oh, no tantos! Unos cinco, aproximadamente. Calder terminó la carrera un poco tardíamente, cuando había cumplido los treinta años. Debió de pensar que le resultaría útil el título de abogado.

—Indudablemente. Gracias, señor Burgeon.

A continuación, Baxter hizo que le pusieran en contacto telefónico con el Seaview, de Monterrey. Momentos después, oía la ansiosa voz de Clarissa:

—¡Dame noticias, Budd, estoy que no vivo…!

—Creo que tú eres la que puedes proporcionármelas, hermosa. Necesito que hagas un viaje a Fresno.

—¿Para qué?

—Tienes que hacerle una pregunta a Eunice. Dile que conteste con absoluta franqueza y que, sea cual fuere su respuesta, guardaremos absoluto secreto, ¿Me entiendes?

—Sí, pero ¿he de ir esta noche?

—Mañana por la mañana. Te llamaré dentro de veinticuatro horas.

—Está bien, dime ya…

Baxter encendió un cigarrillo, apenas terminado el diálogo telefónico. Durante unos momentos, sus dedos tabalearon contra la mesa. Luego, de súbito, se incorporó y entró en el dormitorio, para cambiarse de ropa.

Cuando salió, vestía cazadora negra, de cuero, *pulla ver* del mismo color y cuello alto, y pantalones oscuros. Bajó en el ascensor, salió a la calle y pidió un taxi. Aunque disponía del coche de Clarissa, prefería no utilizarlo en determinadas ocasiones, por resultar demasiado aparatoso.

Media hora más tarde, se detenía ante una casa en la que ya había estado en una ocasión. Desde la acera, contempló la fachada. No hacía demasiados días, un hombre se había precipitado a la calle desde la planta undécima. Y no había sido suicidio, como dictaminara la policía.

Entró en la casa y se dirigió al ascensor. Cuando salió al pasillo de la undécima planta, lo vio solitario y penumbroso. Al fondo había una ventana, por la que entraban las oscilantes ráfagas luminosas, rojo, verde, azul y amarillo, de un rótulo de neón, enmarcado por una larguísima hilera de bombillas, que se encendían y apagaban en rapidísima carrera circunvalante.

Allí, y hasta hacía poco, había vivido Harry Bane. Baxter se dijo que era una visita que debía haber hecho apenas muerto el individuo.

Se acercó a la puerta y tanteó el pomo. Abrió.

El departamento estaba a oscuras. Súbitamente, percibió el sonido sibilante de una respiración muy fuerte. Algo buscó malignamente su garganta y apenas si tuvo tiempo para parar el golpe que, de acertarle, le habría roto la tráquea.

Capítulo X

VELOZMENTE, agarró la mano y la retorció con fuerza, a la vez que metía el hombro izquierdo. Simultáneamente, adelantó el pie del mismo lado, golpeó hacia atrás una pierna y luego cargó hacia adelante.

El desconocido voló por los aires y chocó contra el suelo. Baxter oyó un grito femenino y se quedó perplejo.

Buscó el interruptor de la luz. Sentada en el suelo, frotándose vigorosamente la cadera izquierda, Ellie May le miró con asombro.

—¡Tú! —dijo.

Baxter procuró rehacerse de la sorpresa.

—Ya ves —contestó.

—Siento haberte atacado tan brutalmente, pero temí…

—¿Sabes karate?

—Un poco. Me defiendo.

—Tal vez has aprendido en el Red Orient Gymnasium.

—No. Allí sólo admiten varones. Yo asistía a otro, en donde no había discriminación de sexos.

—Con lo cual, tu amistad con la empleada del Red Orient es pura fábula.

Ellie May sonrió, se puso en pie y ahuecó su cabello con gesto lleno de coquetería. —Pues… sí —admitió.

—Entonces, dime, ¿a qué fuiste allí?

—Estoy siguiéndote desde el primer día.

Baxter se sintió admirado.

—¿Tan guapo soy? —preguntó.

—¡Psé, no estás mal…!

—No soy un millonario ni un príncipe disfrazado.

—Pero viniste a visitar a Harry el día en que murió,

—Lo admito.

—Y yo era su hermana menor.

Baxter parpadeó.

—Una encantadora mentirosa —dijo—. De Bane a Hume hay cierta diferencia, creo.

—Mamá tuvo dos esposos. Yo soy hija del segundo.

—¡Oh…!

—Y aunque no tenía grandes simpatías por Harry, era mi hermano,

a fin de cuentas.

—Ellie May, la diferencia de edades era de quince años, si no calculo mal.

—Dieciséis, para ser más exactos. Mamá se casó muy joven, a los diecisiete. Enviudó a los treinta y cuatro, se casó al año siguiente y otro año más tarde, nació la hija de Ben y Dorothy Hume: Yo.

—Explicado y comprendido. ¿Qué buscas aquí, Ellie May?

—Pistas.

—¿Has encontrado algo?

—Acababa de llegar, cuando viniste tú.

—Ellie May, ¿sabes por qué asesinaron a tu hermano?

La chica hizo un gesto afirmativo.

—Harry me contó algo —declaró—. Pero creo que no me lo contó todo.

—¿Le obligaron, primero, a actuar falsamente en el juicio y luego le pagaron…?

—No le pagaron nada. Le perdonaron un pequeño desfalco de mil doscientos dólares. Firmó un recibo, admitiendo su delito.

Baxter hizo un gesto de pesar.

—Y con mil doscientos dólares, alguien «compró» casi novecientos mil —murmuró. —Justamente,

—Ellie May, ¿dijo tu hermano, en alguna ocasión, si tenía algún medio de defensa contra los que le obligaron a cometer perjurio en el juicio contra Roy Alameda?

Ella entornó los ojos.

—Algo mencionó, pero no fue demasiado explícito. A pesar de todo, tenía miedo.

—Un miedo muy fundado, porque le hicieron recorrer casi cuarenta metros en caída vertical. Bien… ¿empezamos a buscar?

—De acuerdo.

Baxter, prudente, corrió las cortinas. El chisporroteo del letrero luminoso cesó en el acto.

Transcurrió media hora. De pronto, Baxter reparó en un libro bastante grueso que aparecía, horizontal, en un estante. El título del libro le chocó: *Manual de fotografía.*

—¡Ellie May!

La chica acudió desde la cocina, sacudiéndose las manos llenas de polvo blanco.

—He mirado hasta en el pote de la harina —se justificó—. ¿Has encontrado tú algo?

—No lo sé todavía. Dime, ¿era tu hermano aficionado a la fotografía?

—Un poco, aunque no era un obseso, como otros. ¿Por qué lo preguntas, Budd?

—Este libro… —murmuró Baxter, pensativamente.

De repente se oyó un ruido extraño al fondo de la casa, aunque de volumen muy poco acentuado. Era como si alguien hubiese chocado contra una puerta, pero sin demasiada fuerza.

Ellie May se apretó instintivamente contra el joven.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, llena de aprensiones.

—Convendría verlo, ¿no te parece?

Baxter aguardó todavía unos momentos. El ruido ya no se repitió.

Al mismo tiempo que extendía la mano izquierda, entregó el libro a la chica. —Quédate aquí, Ellie May.

—No, yo voy contigo.

Baxter echó a andar, con Ellie May pegada a sus talones, la cabeza asomando por el costado derecho. El ruido había sonado en el dormitorio, que aparecía vacío.

—Tú has estado aquí —dijo él.

—Sí, pero no he encontrado nada…

—¿Has examinado el ropero?

—Pensaba hacerlo, cuando me llamaste tú. Abrí una de las puertas y eché un vistazo rápido; luego me fui a la cocina y empecé a revolver los cacharros…

—Está bien.

El armario estaba empotrado en la pared y era de puertas correderas. Baxter se acercó a la que estaba situada más lejos de la entrada y la deslizó hacia su derecha.

Un hombre rodó lentamente, cayó al suelo y se quedó inmóvil, con los ojos fijos en el techo. Pero sus retinas ya no captaban ninguna imagen.

* * *

Baxter adivinó lo que podía pasar y se volvió rápidamente, para tapar la boca de Ellie May con una de sus manos. Ella le miró agónicamente, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Su cuerpo estaba recorrido por temblores convulsivos. Baxter la sacudió ligeramente con la otra mano.

—No grites —dijo, a media voz.

Ellie May hizo un leve gesto de asentimiento. Baxter la soltó.

—Vuélvete, si no quieres contemplar el espectáculo —indicó.

—Ya… ya se me pasa…

—¿Lo reconoces?

—Sí.

Baxter se arrodilló junto al caído. Los lentes con cerco de oro despedían pequeñas chispas. En el centro de la pechera del difunto, se divisaba un agujerito rojo.

Había muy poca sangre. Baxter puso los dedos en la mejilla del cadáver. Estaba ya frío, aunque no excesivamente. Tal vez había muerto una hora antes de su llegada.

—Las ropas están en orden —dijo—. Eso significa que no hubo lucha. La muerte le llegó inesperadamente con una absoluta sorpresa.

—Es decir, conocía al asesino.

—Lo conocía y confiaba en él. Pero la confianza era injustificada.

—Entonces, vinieron dos…

—Buscaban algo, tal vez lo encontraron y uno de ellos pensó que no le convenía el reparto.

—Entonces, conocemos ya el nombre del criminal…

—Quizá, pero sin pruebas no podemos hacer nada. Y si había alguna… —Baxter recobró el libro que había entregado a Ellie May momentos antes—, el asesino se la ha llevado.

—¿Cómo?

Baxter abrió el libro y lo hojeó un poco. De pronto, lo abrió por completo. Una de las páginas había sido arrancada y las señales de la rotura del papel se advertían con toda claridad.

—Tu hermano dejó aquí una especie de mensaje y el asesino se lo ha llevado —dijo.

—¿Qué mensaje?

—A estas alturas, resultaría tonto negar la evidencia. Tu hermano se portó indecentemente, como todos los que han tomado parte en este asunto. Pero, a lo que parece, Harry resultó el menos beneficiado. Como pago de su traición, recibió una miseria… y entonces decidió que un día se tomaría el desquite, acumulando pruebas.

—Ahora desaparecidas, ¿no?

Baxter hizo un gesto ambiguo.

—Será mejor que nos vayamos, Ellie May —propuso.

—¿Avisarás a la policía?

—No. El asesino tampoco lo ha hecho, o no habríamos podido entrar en este departamento tan tranquilamente. A él le conviene muchísimo que este crimen sea descubierto lo más tarde posible.

—¿Por qué, Budd?

—Ellie May, fíjate en la lecha. Es jueves y mañana empieza el fin de semana. El asesino tiene tiempo sobrado de preparar su marcha; la fuga, para hablar claramente. Cuando llegue el lunes, no aparecerá en su trabajo y algunos se extrañarán, pero no es el primero que falta un

lunes, tras el fin de semana. Cuando quieran dar la alarma, el tipo habrá volado ya muy lejos del país.

—¿Y el muerto?

Baxter miró críticamente el cadáver.

—Phineas Hoyt ha empezado ya un fin de semana… eterno —contestó sombríamente.

Agarró a la chica por el brazo y la empujó hacia la puerta.

—Vámonos de una vez —añadió,

—¡Eh, te llevas el libro…! —se sorprendió Ellie May.

—Sí.

—¿Eres aficionado a la fotografía?

—Por supuesto. Y no creo que tú tengas inconveniente en que me lo quede. Era de tu hermano, recuérdalo.

Ellie May se encogió de hombros.

—Si tanto te gusta…

Salieron a la calle Ellie May respiró hondamente.

—Budd,..

—Dime, preciosa.

—El asesino tiene intención de escapar.

—Lo sé.

—Pero hay que, hacer algo para evitarlo.

—Es jueves por la noche. Tenemos todo el día de mañana. Seguramente, ha planeado huir el sábado o el domingo, días en que su ausencia resultará más lógica. Y si huye es que tiene miedo, aunque sabe que dispone del tiempo suficiente para marcharse, antes de que puedan echarle el guante. Si no temiera, si estuviera seguro de que no le pueden relacionar con estos crímenes, ya habría avisado anónimamente a la policía, para que vinieran a descubrir el cuerpo de Hoyt. No lo ha hecho así, luego le conviene que la cosa siga tapada, hasta después de que haya alzado el vuelo.

—Pueden pedir la extradición…

—En Brasil, por ejemplo, no. No hay tratado y puede irse allí con un saco lleno de billetes de Banco y nadie le hará la menor pregunta… y podrá vivir como un potentado, sin el menor temor al futuro. Pero es preciso evitar ese futuro.

—¿Cómo, Budd?

Baxter hizo una mueca.

—Ya daré con el procedimiento —contestó.

Capítulo XI

CLARISSA llamó al hotel, a la hora acordada.

—Estuve con Eunice —manifestó

—¿Y…?

—Acertaste de lleno, Budd.

—Me lo imaginaba —sonrió Baxter—, ¿Qué dijo ella?

—Es un tema que le resultaba muy desagradable, por lo que tuve que insistir mucho para que me contase la verdad. Al fin, comprendió que debía hablar y cedió.

—Bien, cuéntame con todo detalle lo ocurrido.

Clarissa habló durante unos minutos. Baxter sonrió, complacido, cuando ella hubo terminado su relato.

—Gracias —dijo—. Ya te avisaré…

—Budd, estoy muy sola —se quejó ella.

—Me lo imagino. A mí me pasa lo mismo… pero es preciso terminar de una vez con el caso. Y, precisamente ahora, estoy en el punto crítico, a un paso de levantar definitivamente la tapa del pastel.

—¡Oh, eso es maravilloso! Budd, dime, ¿quién es?

Baxter se echó a reír.

—Nena, cuando tú vas al cine a ver una película policíaca, aguardas hasta el final. No te gustaría que alguien te dijera, a la mitad de la proyección, quién es el asesino; ¿verdad?

—¡Hombre, esto es distinto! Es… real como la vida misma.

—Ten paciencia y procura que el sol dore algunos trocitos de tu piel, que están muy blancos. Mi sentido de la estética se ofende muchísimo cuando veo algo que rompe la armonía visual.

Clarissa lanzó una alegre carcajada.

—Eres encantador —se despidió.

Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla. Luego, con gesto pensativo, contempló las hileras de minúsculos negativos que tenía extendidos sobre la mesa, en la habitación del hotel.

Había decenas y sus dimensiones indicaban claramente que procedían de una microcámara. El manual de fotografía hallado en casa de Harry Bane indicaba bien a las claras los motivos de su compra.

Sin embargo, en casa de Bane no había encontrado nada que pudiera relacionarse, ni de lejos, con un laboratorio fotográfico ¿Dónde había revelado, Bane, los negativos?

Recordó la hoja arrancada. Tal vez allí había una dirección…

De repente, sonó el teléfono. Baxter lo levantó y dio su nombre.

—Señor Baxter, tengo interés en hablar con usted —dijo un desconocido—. Es referente al caso Alameda.

—¿Quién le ha dicho que me interesa ese caso, amigo?

—Bueno, tengo informes… Pero será mejor que venga a mi casa a verme. Le daría detalles muy importantes…

—Escuche, ante todo, dígame su nombre. No me gusta tratar con desconocidos.

—Está bien, me llamo Benny Coogan. Vivo en Sausalito, West Hill Road, doscientos treinta y siete. Venga mañana, a eso de las diez.

—¡Imposible! Tengo todo el día de mañana muy ocupado. Fije otra hora y le diré si puedo o no acudir a su cita.

Hubo una pausa de silencio.

Baxter sonrió. Coogan había tapado el micrófono con una mano y estaba consultando el caso con alguien que escuchaba la conversación, sin intervenir en ella.

Al cabo de unos instantes, Coogan volvió a hablar:

—Está bien, diga usted mismo la hora, señor Baxter.

—Probablemente, las siete de la tarde, pero no es seguro. En todo caso, llame al hotel; aunque yo esté fuera, dejaré un mensaje telefónico para que sé lo transmitan a usted. Repito que lo más probable es las siete de la tarde, pero no es algo de una seguridad absoluta. Sin embargo, haré todos los posibles para acudir a la cita a esa hora.

—De acuerdo, señor Baxter. Muchas gracias.

—A usted.

* * *

Con el manual de fotografía bajo el brazo, Baxter contempló durante unos instantes el rótulo de la tienda frente a la cual se hallaba. Eran casi las cinco de la tarde y llevaba desde las nueve de la mañana, moviéndose sin parar por las calles de San Francisco, buscando un establecimiento similar al que ahora tenía ante sus ojos.

Empujó la puerta. Una campanilla tintineó por encima de sus narices. A los pocos segundos, una mujer apareció ante sus ojos, surgiendo de una puertecita situada al fondo de la tienda. Tenía unos treinta y cinco años y vestía un pantalón con peto y guantes de goma, que le llegaban hasta el codo, los cuales enjugaba, en aquellos momentos, con un paño.

—¡Hola! —dijo, sonriendo graciosamente. Resultaba bastante atractiva, pese a que Te sobraban unos cuantos kilos, apreció Baxter.

—¡Hola! Busco a Clem Dwarry…

—Yo soy —dijo la mujer. Y ante la sorpresa de Baxter se echó a reír—. Todos los que vienen por primera vez, ponen la misma cara que usted. Esperan encontrar a Clement Dwarry, sin darse cuenta de que también ese mismo nombre tiene su versión femenina.

—Clementina.

—Justamente. ¿En qué puedo servirle, señor…?

—Baxter, señora Dwarry. Se trata de un hombre al que conocí hace algún tiempo… Harry Bane.

Clem hizo una mueca.

—Murió, dejándome a deber una factura de doce dólares con veintiocho centavos —dijo agriamente.

Baxter sacó unos cuantos billetes y los puso sobre el mostrador de la tienda de artículos fotográficos,

—Cancelaré la deuda en nombre, de mi difunto amigo —manifestó, muy serio.

—¡Vaya, eso está mejor! —dijo la mujer—. Muchas gracias, señor Baxter. Le daré un recibo…

—Todavía no he terminado. Quiero que me diga más cosas de Harry.

—Bueno, me compró aquí una cámara miniatura… Después dijo que le interesaría aprender a revelar y positivar las fotografías por sí mismo. No podía hacerlo en su casa, porque era un piso alquilado y temía que ti dueño se enojara y le pusiera en la calle… Ya sabe, en un laboratorio fotográfico se emplean líquidos que pueden manchar…

—Sí, lo sé, señora Dwarry. ¿Qué sucedió a continuación?

—Pues se llevó la cámara. Entonces pagó, claro, y en las sucesivas visitas también. Venía una vez a la semana, aproximadamente Aprendió el revelado de película, pero no hizo ninguna positiva, al menos, en mi laboratorio. Era un hombre muy simpático, muy cortés, casi tímido. Sentí mucho su muerte, créame.

—No lo dudo, señora Dwarry,

—La última vez que lo vi, estaba nervioso, preocupado. Le pregunté si tenía dificultades y habló algo de un familiar gravemente enfermo. Pero hizo su trabajo con toda normalidad y se marchó. Ya no he vuelto a verle más, señor Baxter.

Un hombre joven entró en la tienda.

—¡Hola, Clem! —saludó.

—¿Qué tal, Bill? Anda, pasa al laboratorio y empieza; iré enseguida.

—Está bien.

Clem miró a Baxter y sonrió.

—Tengo algunos alumnos —dijo—. Gente que quiere aprender fotografía, como' Harry, y que no disponen en su casa de un lugar apropiado. Yo les dejo utilizar el laboratorio.

—A cambio de una módica cantidad.

—¡Claro! Siempre es un ingreso que añadir a la venta de cámaras y material —respondió la mujer. Miró el libro que Baxter tenía bajo el brazo y añadió—: También vendo manuales de fotografía.

—Por eso he venido aquí —declaró Baxter—. Mil gracias, señora Dwarry…

—Es curioso —dijo ella—, Usted es el segundo que pregunta hoy por Harry.

Baxter arqueó las cejas.

—¡Ah, ha venido otro…!

—Sí. Dijo también que era amigo de Harry, que le había encargado unos trabajitos, que no los había recibido y que se había enterado de que solía venir aquí a revelar sus negativos. Preguntó si se había dejado algún material y le respondí negativamente. Harry se llevaba siempre todo lo que traía. Pero no se le ocurrió cancelar la deuda, como usted…

—El hombre que vino debe de ser joven, unos cinco años más que yo, rubio, muy guapo… como James Franciscus, el actor…

—¡Oh, no! Era un sujeto terriblemente alto, casi dos metros de estatura y con unos brazos como troncos de olivo. Además llevaba la cabeza completamente afeitada. Y ya que menciona a James Franciscus le diré que ese tipo parecía un malo de película.

Baxter rió cortésmente.

—Estaba equivocado —dijo—. Mil gracias, señora Dwarry.

—Ha sido un placer señor Baxter.

Baxter salió a la calle y contempló el sol, ya muy bajo en el horizonte, por encima del otro lado de la bahía. El «malo de película», ¿era Benny Coogan?, se preguntó.

Podría salir de dudas, acudiendo a la cita.

* * *

La casa era elegante, con techo de tejas rojas, un extenso jardín a su alrededor y una piscina en la parte posterior. En torno al jardín había un alto seto, muy espeso, que impedía la vista a los posibles curiosos. La verja que permitía el acceso a la propiedad, estaba abierta.

Baxter cruzó la entrada. En el mismo instante, la verja se cerró por sí sola.

Sonrió. Alguien vigilaba desde la casa. El seto, además, debía de ocultar una fuerte valla metálica. Entrar y salir de allí no debía de

resultar fácil.

Avanzó lentamente. Contorneó la casa. El gigante, de cabeza afeitada estaba allí, sentado ante una mesa, con un refresco en la mano.

—¡Hola! —sonrió.

—¿Benny? —dijo Baxter.

—Sí. Ha sido puntual.

—Dije que me esforzaría por estar aquí a las siete de la tarde.

—Tenía trabajos interesantes que hacer.

—En efecto.

—Y los ha terminado.

—Puede decirse que sí, Benny.

Coogan tomó un largo trago de su refresco.

—Lástima —dijo.

—Se ha acabado la bebida —sonrió Baxter.

—No, no lo digo por eso. Es una lástima que se haya tomado tanto trabajo para nada,

—No entiendo, Benny.

De pronto, Coogan estiró el brazo, a cuyo final estaba el vaso, rodeado por sus dedos. Contrajo éstos, súbitamente, y el vaso se quebró cristalinamente en multitud de fragmentos.

Luego, lentamente, Coogan volvió la palma hacia arriba y sonrió. No había en la piel un solo rasguño.

—Soy duro como el pedernal —dijo, ufano.

—Eso es un truco de prestidigitación —observó Baxter.

—No, es auténtico.

—Sigo sin creerle.

—¿Quiere que le haga otra prueba?

—Me gustaría…

Coogan se puso en pie, desplegando poco a poco su colosal estatura. Vestía una simple camisa, con manga corta, y pantalones. Baxter se dijo que Clem Dwarry tenía razón: los brazos de Coogan semejaban troncos de olivo.

—Le haré otra prueba y verá que no empleo trucos —dijo el gigante de la cabeza afeitada.

De pronto, se acercó a la mesa de los refrescos. Era circular, con la plataforma de cemento, cubierto por un mosaico multicolor. Metió un poco la mano por debajo, levantó el disco de cemento y luego lo asió con ambas manos, teniéndolo como un escudo delante de sí.

De súbito, alzó la rodilla. El círculo de cemento saltó hecho pedazos.

Coogan se volvió hacia Baxter.

—¿Ha sido un truco?

—No, pero no tiene ninguna dificultad. Yo he visto hacer cosas más duras.

—¿Por ejemplo?

—Derribar una pared con la cabeza.

Los ojos de Coogan se achicaron.

—Ya. Usted quiere tentarme para que me tire contra la casa y quede sin sentido. Soy tonto, pero sólo en cierto grado.

—Es usted un tonto absoluto, Benny. Aunque me venza, cosa que estimo difícil, luego le pagarán con dos balas en la tripa, como le pasó a Kruger.

—No me haga reír. Yo *soy* distinto a los otros.

Baxter recorrió con la vista el inmenso corpachón de Coogan.

—Cierto —convino—. Distinto, pero sólo físicamente. En cambio, su cerebro no alcanza el tamaño de la cabeza de un fósforo.

Coogan dio un paso hacia adelante. Baxter dio otro atrás.

—Le demostraré que no soy tonto —dijo el gigante.

Baxter alzó una mano.

—Espere —dijo—. Vamos a pelear… ¿no es así?

—Bueno, si lo llama de ese modo… —rió Coogan.

—Al menos, deje que me quite la chaqueta. Usted es mucho más alto que yo. Déme siquiera esa oportunidad.

—¡Claro, hombre, con mucho gusto! No quiero que tenga quejas de mi caballerosidad.

Baxter dio otro paso hacia atrás.

—Benny, un hombre que cobra por matar, no puede hablar de sentimientos caballerescos —dijo críticamente,

Coogan se encogió de hombros.

—No me importa su opinión, en absoluto —declaró.

Baxter acababa de quitarse su chaqueta, pero aún la tenía en las manos. De súbito, Coogan se lanzó hacia adelante, gruñendo sordamente. Sólo le faltaba enseñar los dientes, pensó Baxter, al mismo tiempo que daba un paso lateral, usando su chaqueta como la capa de un torero.

El impulso tomado por Coogan era demasiado fuerte. Tardíamente se dio cuenta de que su cabeza no iba a encontrar el blanco deseado. Y la piscina estaba solamente a dos pasos de distancia.

—¡Olé! —dijo Baxter, cuando Coogan pasó por su lado.

El gigante saltó al vacío y se sumergió en el agua, provocando una explosión de espumas. Baxter se volvió.

Coogan emergió a la superficie y se acercó al borde de la piscina. Baxter se inclinó, cuando el gigante tenía ya las manos apoyadas en

algo sólido, y le puso la chaqueta sobre la cara. Luego movió el pie derecho.

Coogan rugió, al sentir el golpe en plena boca y cayó de espaldas nuevamente. Volvió a salir a la superficie y nadó en otra dirección, buscando una salida menos incómoda.

Baxter le persiguió, bordeando la piscina. Cuando Coogan puso de nuevo su mano sobre el borde, Baxter usó implacablemente el tacón de su zapato derecho. Coogan aulló, a la vez que, con la mano izquierda, trataba de aprisionarle una pierna, pero erró el golpe.

Durante un par de minutos, continuó el juego. Luego, Baxter se cansó y volvió al lugar donde había estado la mesa.

Coogan salía por fin de la piscina, chorreando agua, jadeante y sin aliento. Vio al joven parado y sus ojos brillaron malignamente. De pronto, Baxter se inclinó, justo cuando Coogan iniciaba una nueva arrancada.

Al erguirse, Baxter tenía en la mano uno de los trozos de la mesa rota, de casi tres centímetros de grueso y de unos veinte de lado. Movió el brazo y aquel insólito proyectil se desplazó horizontalmente por el aire, estrellándose contra la rodilla izquierda de Coogan

El gigante lanzó un aullido de dolor y cayó sobre la hierba. Furioso, intentó levantarse, pero no pudo conseguirlo y— apoyó de nuevo la cara sobre el césped. Baxter aprovechó la ocasión para situarse a su espalda y retorcerle el brazo derecho hacia atrás.

—Pura fachada —dijo, con deliberado desprecio—. Unos cuantos toquecitos aquí y allá… La fuerza bruta no siempre sirve, aunque algunos crean lo contrario.

—¡Suélteme…! —jadeó Coogan.

—Lo haré, si contestas a mis preguntas. ¿De acuerdo?

Coogan batió desesperadamente el césped con la palma de la mano izquierda. El dolor resultaba insufrible.

—¡Maldita sea…! Hablaré…

Baxter se levantó instantes después.

—¡Muchas gracias, Benny! —dijo—. Tu colaboración ha resultado preciosa.

En los ojos del gigante había una insana llama de odio. Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie.

Entonces, inesperadamente, se oyó un horrendo sonido. Algo perforó los huesos de la frente de Coogan, quien se derrumbó al suelo como una masa inerte.

Baxter volvió la cabeza. Frente a él, había un hombre que empuñaba un revólver provisto de silenciador.

—James Franciscus —sonrió Baxter.

Capítulo XII

EL hombre arqueó sus cejas.

—¿Cómo dice?

—Usted y Murphy se parecían un poco —explicó Baxter—Por eso, el día en que fui a visitarle a su despacho, al verle de espaldas, creí hallarme, de nuevo, ante Murphy. El pelo dorado, la piel tostada… luego, cuando se le ve de frente, se advierte la diferencia, siempre que no haya unas gafas de color que formen una especie de máscara Sí se usan esas gafas, el parecido es asombroso, sobre todo al sonreír. Dientes perfectos, blancos, bien cuidados… y la afición a «Phenice». ¿Lo entiende ahora, Doug?

—¡Oh! —dijo Calder—. ¿Y qué más?

—No hay mucho más que explicar, salvo que fue usted, en persona, quien defenestró a Harry Bane. Cuando yo vi a Murphy en Monterrey, pensé que podía haber sido él, pero me equivoqué. Murphy no era aficionado al procedimiento de lanzar a la gente por una ventana. Le gustaban más las armas de fuego.

—A mí no me disgustan —dijo Calder.

—Ya lo veo. Si Coogan pudiera hablar, se quejaría, y con razón. ¿Lo ha matado, furioso por su fracaso?

—Le pagué demasiado. Fanfarroneaba continuamente, iba a hacerle esto y lo otro y lo de más allá… y usted le ha, puesto en ridículo con la mayor facilidad del mundo.

—Debiera haberlo tenido en cuenta, Doug. Por cierto, no dio resultado su visita a la tienda de Clem Dwarry, ¿verdad?

—Lo sabe, también.

—Sí. Encontré el manual de fotografía en casa de Harry. Usted arrancó una página en la que, seguramente, debía de haber una nota manuscrita: «Consultar a Clem Dwarry», o algo por el estilo. Y, seguramente, la consulta se refería a alguna duda sobre el procesado de película. ¡Pero no se le ocurrió examinar los forros de las tapas del libro!

Calder se puso rígido.

—¿Qué encontró usted? —preguntó.

—Una hermosa colección de negativos microfotográficos, en los que estaban impresionados todos los libros de su empresa. Algo que demostraría la inocencia de Roy Alameda.

Calder lanzó una obscena maldición.

—¡Aquel condenado hijo de puta…! —barbotó.

—Les estuvo bien empleado —dijo Baxter—, Complicaron a Harry, pero le pagaron una miseria. Si le hubieran recompensado adecuadamente, habrían tenido un hombre adicto. Y cuando tuvo listo todo, dejó ver sus intenciones… y usted fue a visitarle y lo hizo saltar por la ventana. Pero entonces no encontró nada. Volvió otro día y no volvió solo, sino con Hoyt, a quien clavó un punzón en el pecho. Hoyt, sin duda, empezaba ya a sentir miedo. Se había visto obligado a cometer un asesinato, el de Kruger, y sabía que en alguna parte había unas fotografías terriblemente comprometedoras. Debieron de discutir en casa de Harry y usted decidió que no valía la pena seguir corriendo más riesgos. A propósito, temo que no podrá utilizar el pasaje de avión para Río.

—Es usted endemoniadamente listo…

—Lo suficiente para haber llegado al fondo del asunto. Usted estuvo, también, en Monterrey y cerró la espita del oxígeno, para que Murphy muriera—. De pronto, Baxter se echó a reír—. Resulta divertido: contrataban asesinos y luego tenían que matarlos, porque fracasaban y no podían permitir que los delataran… Y lodo por culpa de una mujer.

Las mandíbulas de Calder se contrajeron.

—¡Déjela a ella fuera del caso! —pidió, secamente.

—Imposible. Aun involuntariamente, Eunice Alameda fue la que desencadenó el asunto. Ella amaba a su esposo y no estaba dispuesta a traicionarle con el jefe de su esposo, un hombre joven, guapo, atractivo y con dinero. Usted empezó a cortejarla, pero fracasó siempre. Entonces fue cuando, por celos, urdió la trama que acabaría con Roy en San Quintín. Pensaba que Eunice dejaría de amar a un estafador y que acabaría cayendo en sus brazos, pero se equivocó.

—Eso no es cierto…

—Lo ha declarado la propia Eunice, quien no quiso contárselo siquiera a su esposo. Aún hay más: aparte de las fotografías que Harry tomó de los libros, un día consiguió una especial, un primer premio de concurso. Usted y Eunice están en una habitación. Han forcejeado un poco y ella quiere separarse de usted. Está alejándose, con la ropa, en parte, desgarrada, y el seno izquierdo al descubierto, pero usted aún la retiene con la mano… y la expresión de furia que aparece en su cara no es fingida.

El revólver que Calder sostenía, tembló un poco.

—Todavía no he sido derrotado —dijo.

—¿De veras? —Baxter sonreía—. ¿Qué piensa hacer? ¿Marcharse a Río, después de haber vaciado la caja de su empresa y tal vez la que tiene, en alquiler, en algún Banco? No debe de haber mucho dinero;

los setecientos mil dólares que se imputan a Roy han sido disipados en su mayoría: buena vida, apuestas en los hipódromos… y especulaciones en Bolsa, nada afortunadas. No, no existe ese dinero, o al menos, no tanto como se piensa, porque usted ya se encargó de gastar la mayor parte. Y le diré una cosa todavía: fue una jugada muy inteligente, porque otro cualquiera, habría dicho que Roy se quedó con iodo el dinero robado. Pero no, consiguieron «recuperar» ciento setenta y tres mil dólares, con lo que la historia adquiría, así, mayor verosimilitud. En cambio, setecientos mil dólares es una cifra redonda, muy apetitosa y sobre cuyo destino se pueden hacer las más disparatadas conjeturas. Total, porque una mujer decente le desdeñó, ¿verdad?

Calder guardó silencio. Baxter continuó:

—De todos modos, hay algo que conviene puntualizar. Hoyt no hubiera entrado en el plan, sólo por ayudar a un hombre enamorado a conseguir sus propósitos

Las cosas no marchaban, en la empresa, tan bien como quisieran y había préstamos e hipotecas difíciles de cancelar. Por eso acordaron que Roy cargara con el muerto, naturalmente, ayudados por Harry" Bane.

—El autor de las fotografías —dijo Calder, rabiosamente.

—Y el que tomó la que se ve a usted forcejeando con una mujer que tiene las ropas desgarradas. Quizá Harry pensaba hacerle chantaje algún día, sólo con esa fotografía, pero luego surgió el asunto del desfalco y se encontró con que, de un pastel de casi novecientos mil dólares, sólo había recibido un par de migajas: la ridícula suma de mil doscientos dólares.

—Le habíamos ascendido, con aumento de sueldo…

—Ya, cuarenta dólares más a la semana. ¡Fueron tontos, estúpidos! —apostrofó Baxter a su interlocutor—. Debieron conformarse con seiscientos mil dólares; cien mil, habrían tapado eficazmente la boca de Harry' y de este modo se habrían evitado fotografías comprometedoras. En fin, de los errores propios no se puede culpar a los ajenos —concluyó Baxter.

Calder estiró el brazo.

—Y del error de haber metido las narices donde no debía, no ha de culpar a nadie más que a sí mismo —dijo.

Baxter contempló el revólver, encarado firmemente a su pecho, a la vez que, sin prisas, daba un par de pasos hacia adelante.

—No le servirá de nada —dijo. Se golpeó el tórax con la mano izquierda—. Llevo chaleco blindado.

Calder bajó la vista una fracción de segundo. Entonces, Baxter, moviéndose con la velocidad del rayo, avanzó la mano derecha, a la

vez que giraba un cuarto de vuelta, de modo que su pie izquierdo quedase delante del derecho de Calder.

Inmediatamente, alzó la mano de su adversario, a la vez que la retorcía con dureza. El pie izquierdo golpeó la pierna de Calder, que se desequilibró y empezó a caer hacia adelante. Baxter ayudó al movimiento de volteo, con una ligera carga de su hombro. Así, Calder se elevó primero, giró completamente en el aire y cayó pesadamente sobre el césped. Al chocar contra la hierba, aulló de dolor.

El revólver se había desprendido de sus dedos, va sin fuerza. Baxter lo alejó de una patada.

—Mi brazo… —se quejó Calder—. Creo que… está roto…

—Pude haberle roto el cuello, pero prefiero que vaya a San Quintín. Dentro de poco, Roy dejará un hueco y usted lo ocupará.

Calder blasfemó y lloró. De súbito, se oyó una alegre voz femenina:

—¡Bravo, magnífico!

Baxter se volvió.

Ellie May avanzaba a lo largo del jardín, armada con una cámara cinematográfica.

—He filmado una película estupenda —dijo—. Desde que empezaste a pelar con Coogan, hasta este preciso instante.

Baxter la miró, asombrado.

—¿Cómo se te ha ocurrido…?

—Bueno, quizá el pobre Harry me inspiró la idea. No soy aficionada al espiritismo, pero algo, o alguien, me dijo que no estaría de más comprar una cámara de cine.

—¿Entonces…?

—He impresionado el asesinato de Coogan.

Los ojos de Baxter se volvieron hacia el asesino, que aún yacía en la hierba, abrumado por lo que acababa de escuchar.

—Quizá no se encuentren pruebas de los otros crímenes —dijo—. Pero por éste le van a echar encima todo el Código Penal del Estado de California.

Se volvió hacia la chica.

—Ellie May, sería conveniente que llamases a la policía —añadió.

—¡Claro, Budd!

Ella echó a andar, pero a los dos pasos se detuvo.

—¿Es cierto que llevas chaleco blindado? —preguntó.

Baxter sonrió maliciosamente.

—Tenía que hacerle bajar la guardia —contestó.

—Tipo astuto —sonrió Ellie May.

Y reanudó la marcha, con el atractivo contoneo de unas caderas muy femeninas, prietamente enfundadas en unos pantalones vaqueros.

* * *

El «Cadillac» estaba parado no lejos del vallado acceso al recinto de la Penitenciaría. Un hombre, con un pequeño maletín en la mano, cruzó la explanada.

Llegó a la caseta de control y enseñó algo. Un guardia uniformado abrió la puerta,

Y Roy Alameda aspiró profundamente el aire de la libertad. De pronto, una hermosa mujer echó a correr hacia él y se colgó de su cuello con frenético apasionamiento.

Para los guardias de la entrada, la escena se había repetido miles de veces y no le prestaron apenas atención. En el «Cadillac», Clarissa sacó un pañolito de encaje y se secó los ojos.

—Es… tan conmovedor…

—Sí —convino Baxter, a la vez que se ponía un cigarrillo en los labios.

—El niño está en casa, Roy —dijo Eunice—. No he querido traerlo a este horrible lugar…

—Has hecho bien —aprobó Alameda—. ¿Dónde está Budd?

—No lo sé. Dijo que vendría a visitarnos dentro de un par de días.

—Le haremos un buen recibimiento, querida.

—Tengo el coche ahí, Roy.

—¡Sí, vámonos!

Clarissa suspiró profundamente.

—¡Qué amor tan maravilloso! —dijo.

—En esa —escena tú has tenido parte muy importante —manifestó Baxter—, Eunice lo sabe muy bien.

—Para ella, el infierno se ha acabado. Ahora empieza el cielo…

—El cielo no está aquí, en la tierra. Pasarán tiempos duros, difíciles… pero estarán juntos y lo sobre llevarán sin temor al futuro.

—Es curioso —dijo Clarissa—. A esa pobre chica, la tenían sometida a un terrible tormento desde dos frentes distintos. Thaine por un lado y Hoyt y Calder por otro. Y todos han sido derrotados.

—Tenía que ocurrir así. Burgeon, por su parte, también ha puesto lo suyo. Con otro abogado cualquiera, la cosa habría estado más dura de pelar.

—¡Pero ya está pelada! —rió Clarissa—, ¿Vamos?

El coche en que viajaban Roy y Eunice se había perdido de vista. Clarissa hizo arrancar el suyo.

Diez minutos más tarde, se oyó un fuerte estampido. El «Cadillac» coleó un poco, pero Clarissa consiguió dominarlo y lo arrimó a la cuneta.

Baxter se apeó.

—Un reventón —dijo, poco después—. No te preocupes, yo cambiaré la rueda.

Empezó a trabajar. Al cabo de un cuarto de hora, agitó la mano.

—¡Listo, Clarissa!

Baxter abrió la portezuela derecha trasera.

—Tengo sueño —anunció—. ¿Te importa que duerma un poco aquí, en el asiento posterior?

—Descansa bien, amorcito —dijo Clarissa alegremente—. ¿Cuándo te despierto? —Avísame cuando lleguemos a tu cabaña de Fresno.

—¡Está bien!

La portezuela se cerró de golpe. El coche arrancó a toda velocidad. Baxter, apartado del camino, sonrió.

Al cabo de unos momentos, echó a andar, con las manos en los bolsillos, silbando una alegre tonada. Una vez más, se dijo, había puesto su esfuerzo al servicio de una causa justa.

Tendría que hablar con Denis Gray. No, una sucursal de la agencia en California no resultaría rentable. Pero la idea que Gray había tenido de estudiar el mercado, idea que le había llevado a la costa Oeste, había tenido otros resultados muy distintos.

—Si yo no hubiese venido aquí, Thaine continuaría aún extorsionando a Eunice… y Hoyt y Calder seguirían disfrutando de su botín mal ganado… —soliloquió.

Un coche se detuvo súbitamente a su lado.

—Sube —dijo Ellie May.

Baxter miró a la muchacha.

—Me gusta caminar a pie —contestó.

—Vamos, no te hagas el remolón. ¿Acaso me consideras un adefesio?

—Mujer…

Ellie May sonreía atractivamente.

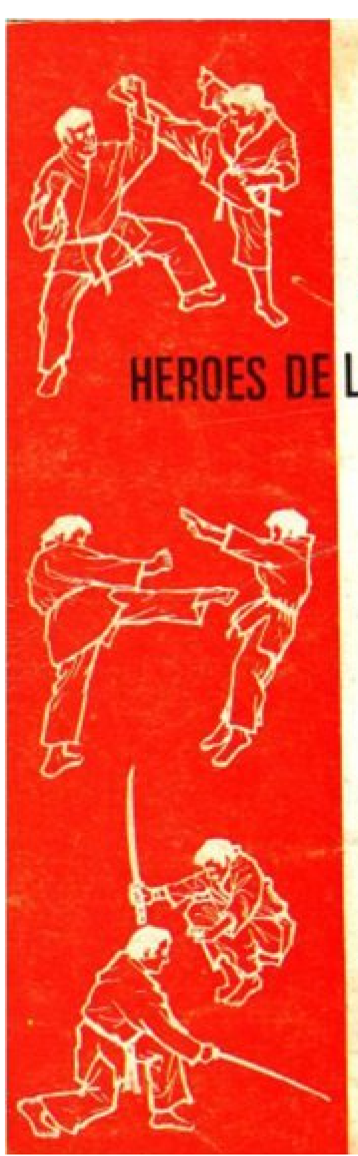
—Vamos, Budd —insistió—. ¿O es que no te atreves a venir conmigo?

—Contigo iría yo al cielo —dijo él.

—Vaya, así cualquiera. Lo bonito sería decir que conmigo vendrías incluso al infierno. Eso sí tiene mérito; lo otro…

Baxter subió al coche. Metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta y tocó el clavo de cuatro puntas, preguntándose cuándo podría lanzarlo sin ser visto y provocar el segundo reventón.

FIN





¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
en su nueva Serie titulada:

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras de un puñado de esforzados personajes que han puesto sus conocimientos en ARTES MARCIALES al servicio del BIEN y de la JUSTICIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección exterior de la fuerza vital que todo hombre posee y que los BUDOKAS han sabido potenciar hasta límites asombrosos, como un hito más, alcanzado en el transcurso del duro camino emprendido en pos de la perfección, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE LA RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - B. ... o)

PRECIO EN ESPA... S.

P.V.P. 80 PTAS.

Impreso en España